



Manuel Tamayo y Baus

Virginia

Tragedia en cinco actos

A ti, padre mío; a ti que lloras aún la muerte de mi madre.

Madrid 8 de Septiembre de 1853.

SR. D. MANUEL CAÑETE.

Terminada al fin la obra que hasta hoy ha sido mi mayor delicia y mi más cruel amargura, alimento casi exclusivo de toda mi alma, vuelvo a ti los ojos, Manuel mío, queriendo dar treguas al torturado pensamiento en el blando regazo de la amistad; y así como enfermo que en vano trata de poner en olvido su dolencia, siento que de nuevo se entra por mis sentidos con más vigoroso empeño aquella dulce enemiga de quien ya me juzgaba libre.

Y cuando no me autorizase a derramar en la tuya mi alma el nudo, nunca aflojado siquiera, de nuestro mutuo y desinteresado cariño, diérame a ello derecho suficiente el indomable entusiasmo y no quebrantada constancia con que, pródigo de tu erudición y talento en bien de la juventud que siente y cree, procuras disipar las tinieblas y señalar los

escollos del traicionero laberinto en donde yacen ocultas Melpómene y Talía.

Ruégole, sin embargo, mi querido Manuel, que me perdone si te importuno demasiado, abandonándome todo a las tumultuosas reflexiones que en este momento me absorben y dominan a pesar mío.

¿Qué es Virginia? ¿Qué debería ser la tragedia para conseguir carta de naturaleza en la España de 1853?

Perdidamente enamorado de un género de literatura que siempre ha sido rey en la escena, y deseoso de que alguno de los jóvenes que tanto me aventajan en habilidad y talento dé cumplida cima a lo que yo vanamente hubiera intentado, juzgo además oportuno trasladar a esta carta, que tú, sin duda, me permitirás hacer pública, los no infundados recelos que son agrio fruto de mis reflexiones.

Las tragedias de Cienfuegos, el Pelayo de nuestro gran Quintana, y el Edipo de Martínez de la Rosa, superior acaso a los de Sófocles y Voltaire, son preciosas joyas de la literatura nacional; D.^a Gertrudis Gómez de Avellaneda, D. José Díaz y otros, han cultivado este género recientemente; el bellissimo drama del Sr. Cervino titulado Sara puede considerarse, a mi juicio, como un paso muy feliz en la regeneración de la tragedia; pero no bastando a destruir una regla algunas excepciones honrosísimas, puede asegurarse que la tragedia clásica no vive en nuestra literatura.

¿Por qué nunca ha podido aclimatarse en nuestro suelo el que siempre ha sido considerado como el más perfecto, el más noble linaje de poemas dramáticos?

La obra concluida hoy por mi pluma tosca y desmayada es una tragedia. Si la condena el público, ¿no habré contribuido, por más que se tenga en cuenta mi incompetencia, a robustecer la opinión, apenas combatida, de que la tragedia no puede sostenerse en la escena española, retrayendo tal vez del plausible propósito de probar lo contrario a más expertas y vigorosas plumas que la mía?

Este doloroso temor, amigo del alma, me obliga a declarar en alta voz que mi Virginia no es lo que, en mi concepto, debería ser la tragedia para lograr alzarse victoriosa en la España de nuestros días; y aun cuando no ignoro que en tan asendereada cuestión nada nuevo puede decirse, deber mío es recordar en este sitio algo de lo que todos saben, manifestando a la vez mis propias opiniones, aun cuando haya de ser con el desorden natural en quien escribe sin previo análisis ni coordinación de ideas.

Hija la tragedia francesa de la tragedia antigua, quiso seguirla paso a paso, en cuanto era posible hacerlo así, dada la distinta índole de dos épocas tan separadas. Este sistema, merced al poderoso numen de Corneille y de Racine, al común acierto de sus innumerables émulo o imitadores, y a los respetables preceptos de la crítica, escudado por el venerando ejemplo de la antigüedad, y despótico señor de la literatura del portentoso siglo XVII en Francia, dio leyes al mundo y redujo desgraciadamente la tragedia clásica a la triste condición de planeta estacionario.

¿Carece, por ventura, de defectos? ¿No es susceptible de mejora este tipo de belleza que, realzado en el teatro griego por el candor y la virginidad del recién nacido, es hoy contumaz y gastado caduco?

Yo creo firmemente que en las bellezas parciales de sus obras llegaron los griegos a un punto de perfección que no se ha sobrepujado, ni

aun igualado después; pero creo también que para que la tragedia conquiste en nuestros días el puesto preferente que le corresponde, es fuerza romper la cadena que, en cierto modo, une aún la tragedia moderna con la antigua, si bien las que en ésta son bellezas indudables han mudado naturaleza, y son en aquélla defectos, de los que nunca perdona un auditorio del siglo XIX.

Los coros, profusamente prodigados en el poema trágico de la antigüedad y enteramente ajenos al argumento de la fábula, contribuían a estrechar más y más la acción, casi siempre esclavizada por las unidades de tiempo y de lugar. Reducido el poeta a trazar un solo momento de la vida de su héroe, el dolor tampoco tenía por lo común más que una sola manifestación; y exento las más veces el poema de la peripecia, que consiste en el cambio de la situación moral de los personajes, adolece necesariamente de cierta monotonía y languidez. Los griegos trazaban en sus obras, más que humanos, ciegos instrumentos de los dioses, que, libres de combates consigo mismos, caminaban derechos a su fin, sin estorbo ni detención alguna; resultando de aquí que, considerados los caracteres y los sentimientos como un efecto de la fatalidad, carecen de variado y profundo desarrollo, y el poema, en general, de aquella importancia moral y filosófica que tanto le enaltece convirtiéndole al ejemplo y enseñanza de las naciones. El teatro en Grecia, por otra parte, tenía un carácter esencialmente político y religioso, y el poeta no necesitaba redoblar sus esfuerzos para interesar y conmover a la multitud, seguro de lograrlo al recurrir a la superstición, o al ensalzar los hechos de los más ilustres antecesores de un pueblo tan virgen y entusiasta. Aun el mismo teatro contribuía a facilitar la ilusión. El teatro antiguo, según las palabras de Saint-Marc de Girardin, tenía por techo el firmamento, y por decoraciones las montañas y los mares; y cuando Ajax saludaba al sol por última vez, el sol brillaba efectivamente en el cielo, iluminando el rostro moribundo del héroe y las afligidas miradas de los espectadores; y cuando exclamaba: «Salamina, suelo sagrado de mi tierra natal», éstos podían ver a Salamina y su golfo esclarecido; y cuando decía: «Bella y gloriosa Atenas, dulce hermana de mi patria», Atenas entera estaba delante de sus ojos. El poeta en la antigüedad todo lo hallaba virgen, y tenía a su disposición el cielo, el mundo y el infierno: los espectadores abrían el desnudo pecho a todas las impresiones que quería hacerles experimentar, y libre de crecido número de rivales, lograba fácilmente espontánea y duradera admiración.

De todos estos elementos combinados nacieron las bellezas que tanto nos admiran, y los que no pudiendo llamarse defectos en el teatro antiguo, lo son aún imperdonables en el teatro clásico moderno.

Los franceses y los italianos, sin tener en cuenta que la índole especial de un género de literatura cualquiera nace del influjo que sobre él ejerce el espíritu de una época dada, se amarraron gustosos con la triple cadena que muchas veces no había pesado sobre la Melpómene antigua; restableciendo y aumentando las opresoras trabas, y atentos muy particularmente a despojar los caracteres y las pasiones de todo movimiento y variedad. Y como la sencillez de los griegos no era ya natural entre los escritores de los siglos XVII y XVIII, resultó que, degenerando poco a poco la imitación, lo que en el teatro antiguo fue

disculpable trivialidad, magnífica sencillez, y muchas veces vigorosísimo arrebato, vino a ser en Francia, y más aún en Italia, afectación, amaneramiento y monotonía.

Firmes en el propósito de dar a la palabra y al sentimiento un tinte convencional de grandeza y decoro afectados, carece este género, por lo común, de toda la flexibilidad apetecible; y esta circunstancia, combinada con la pobreza del artificio, hace que todas las tragedias tengan un colorido análogo por cierta semejanza en la trabazón de la fábula y en el modo de hablar, pensar y sentir de sus personajes, héroes o esclavos, grandes o pequeños.

Los escritores del presente siglo que ponen su mayor conato en dar lógica combinación al plan de una comedia o drama, esto mismo es lo que más descuidan al tratar de componer una tragedia; y libres, por fortuna, de las trabas que motivan la uniformidad de expresión en la tragedia francesa e italiana, sacrifican, sin embargo, el interés a la monotonía de una sencillez rebuscada, la verdad a una grandeza casi siempre deslustrada por la afectación. Quizá sin darse cuenta a sí propios rinden a la tradición un culto idólatra, y se creen en el deber de despojar la fábula de la belleza del artificio en su parte material, y del interés que nace de las diferentes alternativas de toda pasión o carácter en su parte espiritual. Ni juzgo conveniente el que italianos y españoles hayan convertido en razón de belleza lo que entre los franceses es pura razón de necesidad. Si ellos escribieron y escriben, así la tragedia como la comedia y el drama, en un mismo metro invariable, es porque, como todo el mundo sabe, no tienen otro a propósito; pero cuando los mismos antiguos autorizan lo contrario, ¿a qué encerrarnos nosotros en tan vicioso círculo, con perjuicio notorio del poema dramático, que tanto pierde así del movimiento y galanura de su forma indígena? Esta reforma ya admitida, pero no suficientemente autorizada, contribuiría también, sin duda alguna, a españolizar la tragedia, haciendo más fácil su vencimiento en el teatro.

Quizá no sea posible adelantar un solo paso en el perfeccionamiento de varias de las dotes que ilustran ya la tragedia, levantándola sobre todos los demás géneros de literatura dramática; mas ¿perdería mucho, por ventura, si trocarse sus envejecidos defectos por las lozanas cualidades del novísimo poema dramático, dócil al soplo perfeccionador de los siglos? Muchos rigurosos preceptistas prefieren, sin embargo, verla muerta para la literatura de la presente edad, a verla renacer con forma adecuada al espíritu de la época en que vivimos. El ya mencionado y justamente célebre Saint-Marc de Girardin, entre ellos, trata de probar que en lo antiguo todo era acabada perfección, y todo imperfección en lo contemporáneo; que los griegos pintaban las pasiones con verdadero colorido, y que ahora se equivoca por lo común el dolor físico con el moral, y en vez del sentimiento se retrata el instinto. Varios de los parangones que establece para probarlo me parecen inoportunos cuando menos; pero, por lo demás, no seré yo el que me atreva a impugnar a los que condenan toda situación violenta en los productos del entendimiento, y aspiran a proscribir del teatro todo lo que sobresalga un poco del orden más general de la Naturaleza, fundándose en que el exceso del dolor priva al hombre de su manera de ser. Pero ¿cuántos ejemplos irrecusables no podrían citarse en contra de tan sistemática doctrina? Y en el terreno de la realidad,

¿cuántos serán los que no hayan sentido mil veces ofuscada y vencida su razón a los rudos embates de las pasiones, siempre tan intranquilas y arrebatadas que, aun dado el carácter más apático, la menor contrariedad le lastima y ensoberbece? Y ¿no resultará una enseñanza profundamente saludable de hacer ver el extremo de angustia y degradación a que puede llegar el hombre impulsado por una pasión desordenada no reprimida a tiempo?

Sabido es, mi querido Manuel, que sólo la época en que los ingenios florecen es responsable de un defecto común a los más diestros como a los menos hábiles, y no negaré yo que así como las circunstancias especiales de los autores trágicos en Grecia dio a veces por resultado la trivialidad, así también entre los modernos produce a menudo el no menos reprehensible defecto de la exageración, la exuberancia de vida de la sociedad que los conmueve, y los desesperados esfuerzos que necesitan hacer para ganar o no perder un nombre. Hoy apenas halla el poeta un solo carácter, idea o sentimiento que no esté ya beneficiado, y tiene que luchar al mismo tiempo con la afectada susceptibilidad de los que sólo gustan de ver la superficie del hombre en el teatro, y la de los que todo se lo exigen y se lo vedan todo. Pero ¿cuándo se han trazado con más delicadeza de expresión, con más vigoroso colorido que ahora, los más recónditos arcanos del alma? ¿Cuándo la ficción ha imitado más perfectamente la verdad? Triste propensión la que nos inclina a despreciar todo lo que existe a nuestro lado, que es despreciarnos a nosotros mismos. Yo, el más humilde de todos, pero más afortunado que otros muchos, no necesito para divinizar al gran escritor esperar a que desaparezca de la tierra, por más que pueda ver al hombre con mis propios ojos, tal cual le hayan hecho la Naturaleza y la sociedad.

Ni se me diga que la tragedia dejaría de serlo si experimentase modificaciones en el carácter que la ha determinado hasta aquí. Esto equivaldría a querer que la comedia fuese siempre como la de Aristófanes o Terencio, o bien como la de Molière. La tragedia clásica, a mi ver, puede reformarse y regenerarse como la comedia y como el drama mismo, sin perder el sello peculiar que la distingue; sin confundirse en manera alguna con el drama llamado romántico; sin dejar de ser, respecto de los demás géneros de literatura dramática, lo que el severo y majestuoso ciprés respecto de los demás árboles.

Nada que es difícil puede ser despreciable: ¿cómo ha de poder serlo el artificio dramático? Toda producción del arte se compone de dos elementos distintos: la estructura y la esencia; el cuerpo y el alma. Cuánto es más importante la segunda que el primero, no es menester decirlo; pero así como es difícil adivinar un alma hermosa en un cuerpo contrahecho y exiguo, así, en el poema dramático sobre todo, el artificio pobre y mal combinado debilita y encubre las bellezas del pensamiento.

Nunca fue ni será bastante en España para componer una tragedia inventar dos o tres confidentes que escuchen impasibles de boca de sus dueños, o se cuenten entre sí, lo que haya pasado o vaya sucediendo en el transcurso de la obra, y un mensajero o personaje episódico que en minuciosa relación describa su desenlace.

No quiere tampoco el público de nuestros días ver a Medea, por ejemplo, siempre furiosa e irritada contra su pérfido amante, formar desde

luego y llevar a cabo, sin obstáculo moral ni material, el propósito de dar muerte a Creón y su hija, prometida esposa de aquél, para clavar después el hierro homicida en el pecho de sus propios hijos.

El público de nuestros días quiere que la acción de la obra dramática se enlace primero para ser desenlazada después; y no que sea, como sucede en la tragedia puramente clásica, un desenlace prolongado. El público de nuestros días querría que Medea no fuese sólo la venganza: querría que fuese el amor, el sacrificio, el desengaño, el dolor, la cólera, los celos, la mujer y la madre, y la venganza, al fin, triunfadora de todo.

Voltaire, más atrevido que sus predecesores y coetáneos, deploraba ya la esclavitud a que el ingenio se veía reducido en su patria y envidiaba la cualidad soberana del teatro inglés. He aquí el secreto: el teatro inglés había tenido a Shakespeare por padre, así como el teatro español debía la vida a Lope de Vega y Calderón. El más alto privilegio de los seres prodigiosos, que verdaderamente pueden llamarse creadores, es el de transmitir su espíritu a las generaciones futuras. El de Shakespeare vivía y vivirá siempre en Inglaterra, como el de Lope y Calderón en España. La rica y portentosa vena de estos tres colosos ha dado un carácter indestructible a entrambas literaturas. La bandera enarbolada por ellos en dea todavía triunfadora en ambas naciones sobre las ruinas de la tradición, proclamando la libertad del ingenio.

Y por otra parte, ahora sólo van muchos al teatro a matar el fastidio durante algunas horas, y el autor dramático se dirige a una multitud que, al comenzarse la representación, apenas puede desprenderse de los graves o ridículos pensamientos que la absorben. La política, en que hoy interviene desde el más alto al más pequeño, y tanto preocupa a todos; los azares de las operaciones mercantiles, alma de las sociedades modernas; el afán desmedido de medro, que, merced a fabulosos ejemplos de fortunas improvisadas, punza y exacerba a los más humildes; el necio alarde de no pequeña parte de nuestra juventud de desdeñar todo y burlarse del dolor ajeno, así en la realidad como en la ficción; la ridícula manía de los muchos que siempre están dispuestos a satirizar lo humano y lo divino con tal de hacer reír a costa del prójimo; los celos literarios, tan enconados hoy que a veces no perdonan ni a los ingenios más ilustres la envidia, prodigiosamente desarrollada y más despierta que nunca; la impaciencia, soberana absoluta del siglo XIX; todo, todo conspira contra el escritor dramático en la refinada y turbulenta sociedad en que vivimos.

Ahora los buques surcan los mares sin necesidad de viento que los impulse; el vagón vuela inflamado por la llanura destruyendo la distancia; la palabra cruza el espacio en alas del pensamiento; mil y mil portentosos descubrimientos se suceden a la carrera; atropéllanse los trastornos que mudan la faz a los pueblos; todo es agitación y vida, todo tiene proporciones colosales: el amor y el odio, la cobardía y el heroísmo, la perfidia y la lealtad, la frivolidad y el arrebató, el indiferentismo y la abnegación, la duda y la creencia; y gastada el alma a fuerza de nuevas y terribles impresiones, la sociedad es otro Prometeo, y el ansia de la novedad buitre insaciable que le devora las entrañas.

Y para conmover el alma y fijar la atención de un auditorio del siglo XIX, ¿no será preciso retratar su vida, su agitación, su manera de ser, ese indefinible conjunto de miseria y grandeza, en todo poema que aspire a

obtener su aprobación en el teatro? ¿No será preciso romper, pulverizar las cadenas de la tradición, haciendo que la tragedia interese y conmueva como el drama moderno, aun cuando pierda algo de su severidad majestuosa?

Menos desabrida sencillez, más lógico artificio; menos descriptiva, más acción; menos monótona austeridad, más diversidad de tonos, más claroscuro en la pintura de los caracteres; menos cabeza, más alma; menos estatua, más cuadro.

Tal debería ser la tragedia, o mucho me engaño, queridísimo amigo, para lograr carta de naturaleza en la España de 1853.

¿Son éstas las alteraciones que me he propuesto introducir en la presente obra? No me he propuesto introducir ninguna. Exacto regulador de mis propias fuerzas, no he intentado descubrir un nuevo rumbo, y sólo el irresistible incentivo de mis gustos y tendencias particulares me ha impulsado a hermanar algún tanto en ella el elemento moderno con el antiguo.

Decidido a ensayarme en el género de que se trata, y creyendo que esta tragedia mejor que otra alguna podría tener en nuestros teatros ventajosa interpretación por la índole especial de los personajes que en ella figuran, di principio a tan ardua tarea con el calor de un entusiasmo virgen todavía, y animado, sobre todo, por la firme convicción de que la excelencia del asunto sería escudo protector a las imperfecciones de su desempeño. El pobre edificio construido por mi débil numen se apoya en dos fortísimas columnas: el amor a la honra; el amor a la libertad. Si mi Virginia desagrada, mía es toda la culpa; si, por lo contrario, alcanza éxito feliz, a aquellos dos sentimientos, tan puros como grandes, seré deudor de toda la gloria.

Muchas eran las tragedias escritas sobre el mismo asunto; pero ninguna de ellas goza de gran popularidad, exceptuando una sola, que tampoco es la obra maestra de su autor. Esta reflexión, y la no menos convincente de que casi todos los asuntos teatrales de la historia romana están beneficiados en multitud de producciones trágicas, me alentaron a arrostrar aquel inconveniente, teniendo también en cuenta la circunstancia de ser bastante pálidas y desabridas las Virginius trazadas por pluma española. Mairet, Dutheil, Leclerc, Chabanon, Le Blanc, Campistron, La Harpe y Latour de Saint-Ibars en Francia; Alfieri en Italia; el Conde Leopoldo en Suecia; y Juan de la Cueva, Montiano y Ledesma en España, entre otros, han presentado en obras dramáticas la muerte de Virginia y la caída del decenvirato. Conozco las de Alfieri, Latour de Saint-Ibars, Leopoldo, Montiano y Ledesma, y la traducción que de la del primero hizo tan hábil y vigorosamente nuestro erudito Solís. Las otras de que tengo noticias no han llegado a mis manos.

El grandilocuente arrebato de la de Alfieri, los rasgos atrevidos y gran tesoro de bellezas de la de Latour de Saint-Ibars, y las patéticas situaciones de la del Conde Leopoldo, hacen resaltar a mis propios ojos las imperfecciones, y bajeza de la mía; pero aún me lisonjeo de que, comparada con las de Montiano y Ledesma, podrá sostener con ventaja la competencia.

Alfieri presenta a Virgino por primera vez en la mitad de la obra, sabiendo ya la atroz desventura de su hija; Montiano sólo le hace intervenir en el final. Yo he creído, con Latour de Saint-Ibars, que para

que después interesasen hondamente sus dolores era preciso darle a conocer primero como virtuoso ciudadano y amorosísimo padre; prefiriendo parecerme a este último escritor, en la dura alternativa de tener que parecerme a alguno de los que antes que yo habían dado vida literaria a este suceso. Más padre que romano, tal como sistemáticamente se comprende este carácter, mi Virginio se diferencia por esta circunstancia de los demás que conozco, y creo que, mala o buena, es creación que exclusivamente me pertenece.

Lo mismo puedo decir, y tal vez con más sólida razón, del decenviro Claudio, cuyas fuertes y variadas tintas difieren en todo de las que hasta ahora se habían dado a este personaje. Cobarde y temerario a la vez, teme al noble soldado y al antiguo tribuno; teme a Roma; ríndese falto de aliento y vida no bien se alza delante de sus ojos el airado fantasma de la superstición, y tiembla de sí mismo; pero ni la tierra ni el cielo pueden detenerle en su carrera, y, simbolizando siempre la obstinación más ciega y desordenada, atropella todos los obstáculos y corre de escollo en escollo hasta precipitarse en el abismo.

Icilio, que en la Virginia del enunciado trágico francés ha sido eliminado de la fábula y eclipsa completamente a los demás personajes en la de Alfieri, descuella en la mía mucho menos que cualquiera de los tres en que literaria, histórica y filosóficamente debe de estar reconcentrado el interés de la acción, sin dejar por esto de tener vida propia, como encarnación del amor a la libertad y del odio a la tiranía.

También he procurado dar a mi Virginia distinta esencia de la que anima a las demás, y éste es quizá el carácter en que resulta más visible cierto consorcio del gusto antiguo con el moderno. Sobrio y severo, tiene, sin embargo, movimiento y variedad. Virginia teme y espera, suplica y manda, llora y resiste, ama la vida y muere. Verificadas las ceremonias con que entre los romanos se efectuaba el matrimonio, Virginia es conducida en mi tragedia, con arreglo a dichas ceremonias, a la casa de su marido. Pero abandónala éste, animado por ella misma, antes de haber logrado la casta dicha de llamarse suya; y muriendo virgen por su honra, creo que el carácter de la que históricamente era prometida esposa de Icilio no pierde nada con semejante modificación, ya se le mida con el compás de la historia, ya se le contemple a la luz de la poesía. El cuadro a que podía dar lugar la presencia de la esposa en casa del esposo pareciome por extremo galano, y supuse a la vez que hacer depositaria a Virginia de su propia honra, de la del padre y de la del esposo, era en cierto modo completar el símbolo y dar al carácter más vivo interés. Y a ser éste un pecado, juzga tú, amigo mío, si pecado tan venial merece absolución, previa la penitencia de pedirla que voluntariamente me impongo.

El último acto de mi tragedia y el de la de Latour de Saint-Ibars sólo se componen de dos escenas semejantes. Ambas son puramente históricas, y están, por lo tanto, bajo el público dominio. Nadie ignora, mi querido Manuel, que, según la práctica de aquellos tiempos, los acusados, vestidos de luto y seguidos de sus deudos, se presentaban al pueblo a fin de interesarle en su favor, recordando los servicios que habían prestado a la patria, y muchos historiadores refieren además detalladamente cómo Virginia y su familia apelaron a este recurso extremo.

Ésta es la primera de ambas escenas referidas. Nada debo decir acerca de la segunda, que es la del juicio.

Virginia, al recibir el golpe mortal, exclama dirigiéndose a Claudio: «Tirano, ya soy libre». Semejante rasgo, que tiene exacta equivalencia en Alfieri y Latour de Saint-Ibars, brotó naturalmente de mi pluma; porque ¿qué ha de decir el padre que mata a su hija para que no sea esclava, o la mujer que recibe la muerte para librarse de la esclavitud? Demás de que dicho rasgo, consignado en la historia por Tito Livio, ha sido formulado de distintas maneras por escritores antiguos y modernos.

Después de concluida mi Virginia me he ocupado en la ridícula tarea de dar diverso giro a varias situaciones y no pequeño número de pensamientos que, como era de todo punto indispensable que sucediese, tenían semejanza con otras situaciones y otros pensamientos de obras ajenas sobre el mismo asunto. Si todavía hay en la presente reminiscencias o imitaciones, culpa es, más que de un deliberado propósito, de la absoluta imposibilidad de que una Virginia escrita en 1853 se da completamente original en la acepción que hoy se da a esta palabra. Bástame que lo sea, por más que coincida a veces con alguna de sus hermanas, en las dotes de expresión, en las más importantes situaciones, en la pintura de los caracteres, en el plan general de la fábula, en el lazo que une todos los sucesos, y en el espíritu que les infunde ser y vida.

Triste situación la mía al pesar en mi conciencia lo mucho que el público merece y lo poco que yo puedo darle. Pero fortaléceme el recuerdo de su benevolencia para conmigo en otras ocasiones, y la convicción profunda de que no puede ser indigna de toda gracia una obra en que, a vueltas de graves y numerosos defectos, hijos de la inexperiencia y de la escasez de ingenio, brillen como exhalaciones entre nubes el estudio, el entusiasmo, la constancia y la fe.

No es modestia, mi querido amigo, la ridícula hipocresía que ha tornado su nombre y obliga a algunos escritores a condenar previamente la obra que someten, sin embargo, al fallo del público. El poeta que, ajeno a toda pasión bastarda, acaricia y alberga en lo más íntimo de su corazón la idea fija, compañera inseparable de su ser; ya miserablemente pequeño, ya grande a sus propios ojos; siempre en lucha; muerto para el mundo real, vivo sólo para el mundo resucitado por su fantasía, no puede ni debe condenar hipócritamente la casta concepción, fruto de incesantes vigiliias y de no resarcibles amarguras. La verdadera modestia consiste en la duda, en la horrible duda que emponzoña el corazón del poeta, y es uno de los más amargos tormentos de la vida, hasta que al fin queda resuelta en la azarosa noche de una primera representación; noche en que el triunfo es para él una sensación dolorosísima, porque, rendido el ánimo, no se encuentra con fuerzas para soportarla.

Los errores como los aciertos de mi Virginia, han tenido un mismo manantial: el corazón, que tantas veces nos engaña, y tantas otras nos ilumina. No; no se hallarán en la mía aquellas dotes que más ilustran las buenas obras de esta clase, y son por lo regular fruto de una vasta erudición y larga experiencia. Mi Virginia no es la obra trazada por la madurez de los años, que todo lo medita y analiza con fría calma, vencedora del entusiasmo la reflexión. Mi Virginia es hija de la ardorosa

juventud, que siente más que reflexiona y se deja arrebatar en ímpetu irresistible, para caer a veces, como Ícaro, despeñada. Virginia es hija del ciego entusiasmo, que sólo puede retratarse a sí mismo. Yo, como Claudio, me he gozado en escarnecer a un gran pueblo; yo he amado a Virginia con el amor de esposo y con el amor de padre; yo he sentido estremecerse mis entrañas al clavar en su pecho el hierro homicida; yo me he levantado con Roma gritando venganza y libertad, para derrocar al infame opresor. Feliz mil veces, adorado Manuel, ese loco que se llama poeta.

Felices los que nunca conocieron la vana presunción que ciega los ojos del alma, ni el seco egoísmo que sólo vive dentro de sí propio, ni la voraz envidia que a sí misma se despedaza. Felices los que, saciado en un mundo ficticio el incontrastable anhelo de sensaciones fuertes y desconocidas que hoy atormenta al hombre, tranquila la conciencia y libres de todo doloroso recuerdo, sólo vuelven a la existencia real para convertir el pecho depurado a sensaciones de tierna piedad y desinteresado amor. Felices los que osan mostrarse a la luz del día sin la ridícula máscara con que hoy el crimen disfraza a la virtud. Felices los que pueden hacer propia la ajena satisfacción y dar cabida en su alma a la humanidad entera.

Y dichoso también mil veces, con la dicha de ser tu hermano adoptivo,
MANUEL TAMAYO Y BAUS.

Madrid 19 de Diciembre de 1853.

Cuando recibí, Manuel querido, la elocuente epístola con que ha tenido a bien honrarme tu cariñosa amistad, formé deliberadamente el propósito de no decirte acerca de ella la menor cosa y de remitir al tiempo la respuesta. Cumplida la has recibido ya del público, y tan satisfactoria y envidiable como la esperaba y apetecía el fraternal amor que desde la infancia te consagro. Tu Virginia es el más vivo ejemplo, la más expresiva confirmación de la doctrina que estableces en tu carta.

Tragedia, y tragedia revestida de la severa majestad de formas del gusto clásico, tal como ha sido comprendido desde que prevaleció en Europa la imitación de la dramática francesa, Virginia ha conseguido en la primera escena de esta corte uno de los más altos triunfos que puede ambicionar el alma, abierta a los nobles sentimientos hijos del entusiasmo y de la gloria. Aquí, donde por falta de educación literaria no hay gusto formado para apreciar debidamente el mérito de creaciones de cierta elevación y grandeza; aquí donde se ha perdido, en el oleaje de la revolución apellidada romántica, hasta la memoria de la tradición antigua, nunca muy autorizada entre nosotros, Virginia ha logrado esclavizar la atención del público, subyugar su corazón, conmoverlo, entusiasmarlo, y anular para siempre la falsa idea de que la tragedia era, y no podía menos de ser, planta exótica en nuestro suelo.

¿Qué causas han contribuido a la realización de este singular fenómeno? ¿Por qué ha triunfado tu Virginia de la prevención desfavorable que abriga contra el género trágico la mayor parte de nuestro público? Porque has logrado hacer que en ella prevalezca el arte sobre el

artificio, sobre la declamación el sentimiento. Porque la verdad impera al cabo hasta en el alma de los que no quieren oírlo. Porque has pedido inspiraciones al corazón, formas al buen gusto, modelos a la Naturaleza, nueva siempre y siempre rica para los que saben utilizar sus tesoros, y el corazón, la Naturaleza y el buen gusto no han sido avaros de los suyos para contigo. Y en verdad que no han de arrepentirse de su largueza cuando consideren el digno empleo que ha hecho de ellos tu generoso entusiasmo.

Yo que soy joven como tú, que tengo también la fortuna de abrigar un alma joven y que rindo culto idólatra a la belleza del arte, bien que jamás hayan dominado mi espíritu las caprichosas exigencias de gustos sistemáticos o exclusivos, no sólo creo que es condición imprescindible en las obras del ingenio atemperarse a la índole y circunstancias de la época que las produce, sino que juzgo de absoluta necesidad el proscribir las definiciones consagradas hasta ahora por críticos y preceptistas para determinar los diversos géneros literarios; definiciones que, por estar fundadas en la vana exterioridad de los objetos más que en la esencia vivificadora que los anima, son muchas veces tan erróneas como todo lo que es superficial y arbitrario.

Dices, y con sobrada razón lo aseguras, que en los productos del arte, la forma, aunque importantísima, es secundaria y debe amoldarse a experimentar las transformaciones que experimenten, en el vario curso de los tiempos, la civilización y las costumbres. Esta doctrina liberal, hija legítima del cristianismo, que va prevaleciendo en Europa merced a los heroicos esfuerzos de la crítica moderna, y que expones y autorizas en tu carta con tanta lucidez y fuerza de lógica, es la única racional, la única verdadera, la única digna de fijar la consideración de los hombres pensadores. Profesándola con el ardor que la profesas, tienes mucho andado para llevar a cabo la regeneración profunda y filosófica de la tragedia. Sigue, pues, por el camino en que tan gran paso acabas de dar con tu Virginia. Afortunadamente has encontrado lo que ni siquiera sospeché que llegases a encontrar: un público de bastante ilustración y criterio para comprender bellezas de detalles que mal pudieran percibir gustos poco depurados.

Esta circunstancia, de feliz augurio para los amantes de lo bello, acredita que la buena semilla prende siempre cuando el terreno es fecundante; cuando las manos, a veces inexpertas, que en él la arrojan, tienen la suficiente perseverancia para no desmayar aunque tarden en coger el fruto, aunque digan las apariencias que sus esfuerzos serán perdidos. Si es ilusoria esta creencia, permite, querido Manuel, que, estimándola real, me consuele con ella de los infinitos sinsabores que he debido, en el espacio de ocho años, a la firmeza con que, en todo género de luchas, he sustentado la que hoy me gozo en apellidar nuestra fe artística. Ya que no he sido el último en contribuir a la reforma del gusto que empezamos a saborear, y que vuelve provechosamente la atención de nuestro público, distraída en futilidades poco dignas, al cauce profundo y transcendental del arte que siente y piensa, deja que me lisonjee con la esperanza, engañosa si se quiere, de que alguna parte de gloria me ha de tocar en la saludable regeneración que se está verificando. Sin esta dulce esperanza, ¿no habría desfallecido mil veces nuestro espíritu, extraño al egoísmo interesado y calculador de los mercaderes que profanan el templo en que la

belleza del arte se custodia?

Ajeno fuera de este lugar detenerme en el examen de tu Virginia, o entrar a discutir lo que expones acerca de las circunstancias del público y de las que hoy debe tener la tragedia para aclimatarse entre nosotros. Tú que conoces mi modo de pensar como el tuyo propio, y que, por lo tanto, posees la justa medida de mis opiniones y creencias, sabes que profeso ha tiempo las que proclamas con tan ardorosa convicción, y que estamos completamente de acuerdo. Siempre he juzgado que el drama (llámese tragedia, comedia, o lo que se quiera), más que rebuscada sencillez, más que afectación tradicional, más que símbolos poéticos de convención, necesita pintar con el ingenuo candor de la poesía la verdad de la Naturaleza. De este modo, cuando el pensamiento que deba hacer perceptible exija, para su más eficaz determinación, el empleo de personajes simbólicos, hará por que semejantes símbolos se compongan de elementos verdaderamente humanos. El corazón del hombre no puede interesarse profundamente si no percibe en la abstracción la realidad, si no ve delante de sus ojos la mezcla de grandeza y pequeñez, de elevación y bajeza, fruto de la pugna en que, por lo común, suelen estar las sublimes aspiraciones del espíritu con la sordidez de la materia.

Pero insensiblemente me desvíó de mi propósito, y quiero volver a él olvidándome de que soy crítico, malo o bueno, para hablarte sólo como amigo; para gozarme en tu gloria sin reserva de ninguna especie; para apartar la vista del lastimoso cuadro de envidias y flaquezas que ofrece el campo de nuestra literatura cada vez que nace una planta rica en frutos de buen sabor y duradera fragancia. El triunfo de tu Virginia, que desde hace doce días llena el teatro del Príncipe de un público que no cesa de aclamar, me ha proporcionado satisfacción tan intensa y pura, que no la concibe mayor el alma. Ni ha faltado al mérito de tu obra la sanción que prestan a lo que a todas luces es bueno los alaridos de la envidia; sólo que esta vez los alaridos se han convertido en sollozos, exhalados vergonzosamente por el despecho en el fondo de la obscuridad.

Ya que conoces los elementos vitales de la sociedad de nuestros días; ya que has puesto el dedo en la llaga, desentrañando, ayudado de la meditación y del estudio, lo que ha sido hasta ahora la tragedia llamada clásica, y lo que puede y debe ser en adelante, pon mano esforzadamente en la obra de su completa regeneración. Ya que le has dado principio tan felizmente, procura llevarla a cabo. La duda que abriga tu corazón respecto a las facultades de tu espíritu, esa duda, origen verdadero de la modestia, según dices en tu carta, hará que salgas airoso en tan arduo empeño. La inteligencia que sin nimios escrúpulos desconfía razonablemente de sí propia, casi siempre hace prodigios. Y harto lo es, en mi concepto, haber escrito a veinticuatro años de edad una tragedia como Virginia, harto haber hermanado con el vigor y lozanía de la juventud la sobriedad y madurez, producto de los años y de la experiencia. Verdad es que la imaginación del hombre de genio vive largos años en un minuto. Tan grande es el poder de la intuición en las almas nacidas para la gloria.

Dos palabras y concluyo: otorgo el permiso que me pides para dar tu carta a la luz del público; pero exijo de tu amistad que des al mismo tiempo la mía. Es un tributo de admiración que te rinde mi amor al arte; es una prueba de cariño que tu santa madre en el cielo y tu buen padre en

la tierra se gozarán en que publiques, por ser verdadera y por ser mía, y no quiere rehusarles este placer tu hermano adoptivo,
MANUEL CAÑETE.

PERSONAJES

VIRGINIA
CAMILA
SILVIA
OCTAVIA
EMILIA
VIRGINIO
APIO CLAUDIO
ICILIO
MARCO CLAUDIO
AULO
UN AUGUR
MARCIO
SERVILIO
DECIO
UN POETA
UN TRIARIO
UN CIUDADANO

Dos camilos, tres mancebos, amigos y esclavos de Virginio, ídem de Icilio, íd. de Apio Claudio, clientes del mismo, triarios, soldados, lictores y pueblo.

Acto primero

Atrio de casa de Icilio. Gran puerta en el foro, por la cual se distingue el vestíbulo; en segundo término un lecho; en las paredes trofeos militares con toda clase de armas.

Escena primera

ICILIO y VIRGINIO, sentados en el lecho. Después AULO.

ICILIO Deja que el pecho en júbilo palpita;

deja que eleve a númenes propicios
ardiente voz de gratitud, y encomie
de Virginia el encanto peregrino.

Y tú, que debes al triunfante arrojado
lauro envidiable, y sin igual prestigio
a la virtud doméstica, modelo
de padres de familia y de caudillos;
tú que me diste en la mujer amada
de inocencia y beldad raro prodigio,
benigno acoge el férvido tributo
que de eterna amistad te rinde Icilio.

VIRGINIO Tuya será la cándida Virginia,
que en este lazo mi ventura cifro.
Ya a los amantes convirtió en esposos
el sacro farro entre los dos partido;
ya desde el ara la potente Juno
vio la sangre correr del sacrificio:
sin más tardanza la reciente esposa
quedará sometida a tu dominio.
¡Y yo dichoso, que premiarte puedo,
yo que nunca olvidé los beneficios
que en otro tiempo te debió la patria,
cuando tu voz y arrojo tribunicio
eran espanto al pérfido magnate,
consuelo y esperanza al afligido!
ICILIO ¡Gloria que huyó veloz! -Tu acento aviva
el recuerdo, un instante fugitivo,
de la presente mengua. ¡Oh patria! ¿Cómo
te dejaste engañar y a diez inicuos
tu libertad fiaste? Y ¿cómo ¡oh dioses,
protectores del Lacio! envilecido
lo veis, y el rayo vengador no lanza
Júpiter a la tierra? Al fin pudimos
romper un día la coyunda infame
¿y hoy suspiramos en el propio abismo?
¡No hay escarmiento a la torpeza humana!
Tal es de un pueblo el mísero destino:
caer mil veces en el propio lazo;
por culpa igual sufrir igual castigo.
VIRGINIO Alguien se acerca.

ICILIO Es Aulo.

VIRGINIO Enojo y duelo
muestra su torva faz.

AULO Salud, amigos.

VIRGINIO Di, ¿qué sucede?

AULO El venerable anciano
a quien debió la patria más servicios;
el valiente adalid que en cien batallas
dio de valor ejemplos infinitos,
el héroe augusto, el semidios de Roma...

VIRGINIO ¿Dentato?

AULO Sí; Dentato ha sucumbido.

ICILIO Luchando siempre como bueno.

AULO Astutos

lo han matado a traición los decenviros:
que amar la patria cuando yace oprimida
es ofender al que la oprime altivo.

VIRGINIO ¿Será verdad?

AULO El rencoroso Claudio,
oyendo sus clamores repetidos,
temió su audacia, y lo envió a la lucha

para que nunca retornase.

VIRGINIO Dinos

cómo se perpetró tan negra infamia.

AULO Pronto a la voz del general, Sicinio

a recorrer el campamento sale

con cien soldados que le da el inicuo;

y no bien llegan a paraje oculto,

acométenle todos de improviso.

Como tigre y león potente y ágil

resguárdase la espalda con un risco,

y el rudo choque impávido resiste,

en otros cien su acero convertido;

y nunca al bravo campeón rindieran

a no apelar a infames artificios.

Flechas le asestan, y entretanto algunos,

subiendo al monte que le presta arrimo,

con duras piedras su cerviz quebrantan,

y acero y alma rinde a un tiempo mismo

ICILIO ¡Fiera traición!

VIRGINIO ¡Oh ilustre compañero!

AULO ¿Y nosotros cobardes lo sufrimos

cuando un acento, un soplo bastaría

a vengar los ultrajes recibidos?

ICILIOcese el infame abatimiento, caigan

Apio Claudio y sus cómplices malditos.

VIRGINIO Las sabias leyes de la culta Grecia,

trasplantadas a Roma por Sulpicio,

Manlio y Postumio en venturosas naves

que el fiero mar acarició sumiso,

por ellos rigen.

AULO En las doce tablas

para escarnio y baldón las han escrito,

al propio tiempo las de Roma hollando,

para saciar su anhelo desmedido,

perpetuo aclaman el poder que un día

redujo el pueblo a término preciso.

ICILIO Para hacer leyes lo pidieron sólo;

no para hacer esclavos se lo dimos.

¡Oh cara libertad! ¡Oh patria mía!

VIRGINIO Modérese tu afán y espera, Icilio.

ICILIO ¡Es la esperanza el único tesoro

que a la opresión no cede el oprimido!

pronto remedio nuestro mal exige.

Ya de los diez varones elegidos,

uno manda cual déspota inhumano.

¿Qué resta ya del patrio poderío?

¿Qué fue de aquellos venerables padres

que dio al Estado Rómulo Quirino?

¿Dónde el tribuno que en el monte Velio

se alzó calmando el popular bullicio,

aumenta el gozo con su claro brillo;
y al dulce son de las acordes flautas
prorrumpe el vate en cántico divino,
enalteciendo el nombre de Talasio,
de las sabinas robador invicto.

VIRGINIO Corramos, pues.

ICILIO ¡Virginia idolatrada!

VIRGINIO Muy pronto aquí la mirarás conmigo.

Vase con Aulo.

Escena III

ICILIO, CAMILA y esclavos.

ICILIO Esclavos, acudid.

Gritando desde la puerta del foro. -Los esclavos se presentan en la misma.

Aquellos muros
con mis tapices adornad más ricos,
y esta puerta cubrid de gayas flores,
que ante Virginia perderán su hechizo.
Los esclavos empiezan a enguinaldar la puerta. Otros cruzan por el
vestíbulo cargados de tapices.

¡Oh cuán hermosa la verán mis ojos
cuando, elevada por los dos camilos,
iris de amor, encanto de mi vida,
sin tocar el umbral llegue al este sitio!

CAMILA La blanca veste de purpúreas franjas,
el ceñidor que anuncia del marido
la próxima ventura, el casto velo
que hurtó a la llama su color rojizo,
la guirnalda que tejió su mano,
su cabello en trenzas dividido,
ya de Virginia púdica realzan
el noble aspecto y mágico atractivo.

ICILIO Los cielos hoy, anciana venerable,
supremo bien me otorgan compasivos,
que es la virtud de la mujer reposo,
dicha y valor del hombre. ¡Cuál bendigo
el que te debe generoso afecto!

CAMILA ¿Y cómo no quererla con delirio
si la estreché solícita en mis brazos
cuando exhalaba su primer gemido?

Yo de mi seno la miré pendiente
como de tosca vid pende el racimo,
y yo temblé por su preciosa vida
en raudales mis ojos convertidos,
hasta que al fin su juventud lozana
fue de mi yerta ancianidad abrigo,
y altiva pude contemplar el fruto
sazonado al calor de mis suspiros.

Dichoso tú que para eterna gloria

¡Oh momento! Desciende, Ciprina,
bañada en fulgor;
que ya el mar y la tierra y el cielo
con férvido anhelo suspiran de amor

La robada sabina le debe
diadema nupcial;
él en pródigo gozo la inunda,
y Roma es fecunda, ¡Talasio inmortal!

¡Oh momento! Desciende, Ciprina,
bañada en fulgor;
que ya el mar y la tierra y el cielo
con férvido anhelo suspiran de amor.
ICILIO He aquí las llaves del modesto albergue
con tu presencia al cabo embellecido.
Guárdalas fiel a tu deber de esposa;
guárdalas: te amo y en tu amor confío.
VIRGINIO Eres su esposo. Abrázala.

ICILIO ¡Virginia!
Abrazándola.

El contento y la paz vienen contigo.
Bella en el rostro y en el alma pura,
trémulo el pecho de placer te admiro,
cual flor lozana cuyo seno esconde
encantadora perla de rocío.

¿Por qué la frente silenciosa inclinas
y el velo del pudor amengua el brillo
de tus fúlgidos ojos, como suele
flotante nube el de Orión divino?
Cese la turbación que te avasalla,
dame de esposo el nombre apetecido,
calma el afán de quien por ti suspira
y alienta sólo en tu beldad cautivo.

VIRGINIA ¡Señor!...

VIRGINIO Habla, Virginia.

VIRGINIA Bien, callando

el dulce objeto de mis ansias digo.
Pero si en día tan solemne debo
dar a la voz el sentimiento mío,
y así mi padre y mi señor lo mandan,
enmudezca el pudor y hable el cariño.
Amante ayer, a tu querella sólo
respondió el corazón con sus latidos;
esposa ya, mi corazón palpita
y al propio tiempo ufana lo público.
Del tierno padre que sumisa adoro
diome cumplir el Hado los designios
labrando mi ventura. ¡Cuántas veces
ojos y manos levanté al Olimpo
y a mis penates adoré postrada,
pidiéndoles tu amor, oh caro Icilio!

Llegó el instante de llamarme tuya,
todo mi ser con júbilo te rindo;
amarte fiel hasta la muerte juro,
cumplir humilde tu menor capricho;
y de mi firme juramento sean
los sacrosantos númenes testigos.

VIRGINIO Yo ventura sin fin para vosotros
y algún consuelo para mí les pido.

¡Te dí la vida, te adoré, te pierdo!

Así lo manda pródigo destino.

También yo un día la que fue mi esposa
arreaté a sus padres; un marido
hoy te arranca a mi amor; del tronco viejo
fuerza es que se desprenda el fruto opimo.

Comprende bien la obligación sublime
que madre de familia has contraído.

Un yerro, tarde se remedia o nunca;

la ociosidad es llave del delito.

Sobria fatiga fortalece el cuerpo

y a un tiempo el alma; inútil regocijo

prudente evita: la mujer casada

brilla en el fondo de su hogar tranquilo

más que a la luz del sol. Intacta siempre

resplandezca tu honra, y si en peligro

se encuentra alguna vez, resiste, lucha,

vence, o exhala tu postrer suspiro.

si el tálamo nupcial produce flores,

árbol hallen en ti que les dé abrigo.

El temor que los Númenes reclaman

a tus hijos infunde; sus instintos

dirige al bien; su entendimiento ilustra

con los altos ejemplos de otros siglos,

para que en Bruto al ciudadano adoren,

y al tirano aborrezcan en Tarquino,

y ávidos quieran derramar su sangre

de Roma y libertad al santo grito.

VIRGINIA ¡Padre del corazón!

Arrojándose en sus brazos.

VIRGINIO El llanto enjuga.

Sin poder dominar su emoción.

ICILIO En rostro de mujer es nuevo hechizo

¿mas tú, soldado valeroso?...

En tono de cariñosa reconvención.

VIRGINIO Lloran

los soldados también si tienen hijos.

VOCES ¡Al Capitolio! ¡Al Capitolio!

Dentro.

ICILIO ¿Voces,

y el crujir de las armas?...

VIRGINIO ¿Qué motivo?...

AULO Ved cual pasan guerreros.
Señalando a la última puerta, por la cual se ve la calle.
VIRGINIO Vuela,
inquiérese...
A Aulo.
ICILIO Súbita alarma acaso...
VIRGINIO ¡El decenviro!
Al ir a salir Aulo se presenta Apio Claudio en la puerta.

Escena V

DICHOS y APIO CLAUDIO, MARCO CLAUDIO, doce lictores y soldados.

Después seis triarios de la centuria de Virginio.

CLAUDIO ¡Ay de Roma!

ICILIO ¿Qué nueva desventura
la amenaza?

VIRGINIO ¿Qué nuevo precipicio
a nuestras plantas se abre?

CLAUDIO Las legiones
en otra nueva lid han sucumbido.

ICILIO ¡Oh mengua!

CLAUDIO El campo de insepultos muertos
sembrado está.

VIRGINIA ¡Qué horror!

CLAUDIO Y el enemigo
rápido avanza a esclavizar a Roma.

ICILIO Cadáveres y templos derruidos
podrá tan sólo esclavizar, si triunfa;
que no a Roma.

CLAUDIO No bien cundió el aviso,
ya vuelan en tumulto al Capitolio
fuertes guerreros y hábiles caudillos.
Tu legión parte al Álgido; la tuya
al Ereto.

Dirigiéndose a Virginio e Icilio.

ICILIO Mis armas.

Los esclavos descuelgan las armas de un trofeo y se las visten a
Icilio.

VIRGINIO Pronto, amigos,
seréis vengados.

VIRGINIA ¡Al tocar el gozo
verlo en humo fugaz desvanecido!

CAMILA Con nuevo amor le abrazarás triunfante.

VIRGINIA ¡Ay, que de Roma se cambió el destino!

VIRGINIO No siempre Roma gemirá vencida;
no siempre ha de correr su sangre a ríos;
no, que las armas de los pueblos libres
triunfan al cabo, si con alto brío
leyes defienden y familia y honra
y patria y dioses.

TRIARIO ¡A lidiar, Virginio!

Entrando seguido de otros cinco: uno trae la enseña del águila romana.
VIRGINIO Son mis triarios.
CLAUDIO En tu busca vienen.
VIRGINIO ¡A vencer o morir!
CLAUDIO Yo deposito
en tus manos el águila. Saturno
la custodió en su templo...
VIRGINIO Honor debido
al centurión de los triarios.
VIRGINIA Tiembla
cobarde el pecho, tiembla a pesar mío.
ICILIO ¡Virginia, la república me llama!
Acercándose a ella completamente armado.
VIRGINIA Parte, lucha, sucumbe si es preciso.
ICILIO De tu valor no dudo.
VIRGINIO Es hija mía.
¡Roma ante todo!
VIRGINIA Si morís, unidos
Moriremos los tres: venced por ella
y algo de vuestra gloria será mío.
VIRGINIO ¡Dioses del Lacio, sálvese la patria
y muera yo; pero que viva Icilio!
Vanse todos excepto Claudio, Marco, los lictores y los soldados.

Escena VI

APIO CLAUDIO, MARCO CLAUDIO, lictores y soldados.

CLAUDIO ¡Corred ansiosos de renombre y lauros;
corred, que sólo encontraréis castigo!
me odiáis: me vengo, y mi implacable furia
sacio a la vez y mi anhelar más vivo.
MARCO pero recuerde mi feliz patrono
que ha de quedar muy pronto desmentido
el supuesto revés que al pueblo alarma.
CLAUDIO Diremos todos que engañados fuimos
por falsa nueva. Y si logré alejarlos
cuando ya la hospedaba este recinto,
¿qué importa lo demás?

MARCO Volver pudieran
el padre y el esposo.

CLAUDIO Fabio, Atilio,
Dirigiéndose a dos soldados.
mi mandato cumplid.

Vanse los soldados. Dirigiéndose a Marco.

Con ellos parten
y en reservadas órdenes prohíbo

que a Roma vuelvan.

MARCO Luego ya es inútil
el plan que ayer contra Virginia urdimos.

CLAUDIO Si cede, inútil; si mi voz desoye,
tú su dueño serás mañana mismo.
MARCO Ocauto procede: la soberbia Roma
echa de menos su gobierno antiguo.
CLAUDIO Siempre los pueblos ávidos codician
lo que aún ignoran o lo que han perdido.
No bien se alejen buscaré a Virginia.
La vi, y al verla, en férvido incentivo
mi pecho ardió; sucumba. ¡Así lo quiere
quien nació para ser obedecido!
Dirígese seguido de Marco hacia la puerta del foro.
FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo

Larario u hogar en casa de Virgino. Puertas laterales y una mayor
en el foro. A la izquierda el ara de los penates. A la derecha, en
primer término, una ventana. En el ángulo de la izquierda un lecho.
Es de noche.

Escena primera

VIRGINIA y CAMILA: la primera reclinada sobre el antepecho de la
ventana; la segunda hilando a la luz de una lámpara.

VIRGINIA Pálida reina de la noche umbría,

mudo testigo de mi afán violento,

rápido al fin desaparece, y brille

el suspirado resplandor de Febo.

Sólo una vez, de las nocturnas aves

llegó a mi oído el perezoso vuelo;

sólo una vez, a mis dolientes quejas

con sus lúgubres ayes respondieron.

Ni ya, cual antes, se querella el Tíber

llorando el deshonor del patrio suelo;

ni el aire mismo a revolar se atreve

de la quietud esclavo y el silencio.

¡Todo enmudece y su favor me niega!

¡Cuanto mis ojos ven, parece muerto!

Hija infeliz y desdichada esposa,

¿qué fue del gozo y anhelar inquieto

que ayer tu amante corazón llenaban?

Los nupciales ornatos ¿qué se hicieron?

torció su rueda la voluble diosa,

y arrancando a mi sien guirnalda y velo,

de esposa el nombre me dejó tan solo,

trocada la ventura en sufrimiento.

¡Oh Icilio! ¡Oh padre! En las guerreras filas

marchando hacia distintos campamentos,

tal vez a Roma la mirada vuelven,

y amantes me consagran un recuerdo.

Tal vez ¡ay triste! en desigual pelea
rinden la vida al enemigo acero.

Fieles penates, del hogar custodios,
como ofrenda acoged mi llanto acerbo,
único alivio a mi profunda pena,
único bien que en mi aflicción poseo.

CAMILA No infundado temor tu pena agrave;
ya tenaz rechazando mis consejos,
has convertido en manantial de horrores
la que es plácida madre del sosiego.

VIRGINIA ¿Libre me juzgas del furor de Claudio
porque me oculte en el hogar paterno?

¿No me privó de los que pueden sólo
prestarle ayuda, y a su aleve intento
sólido muro alzar? ¿Desiste acaso
de atroz designio quien nació perverso?

¿No le viste siguiéndome implacable,
como si fuera sombra de mi cuerpo?

¿No me detuvo en las desiertas vías?

¿No turbó mi plegaria a Jove excelso
y al fin comprar tu lealtad no quiso?

¿Has olvidado sus traidores hechos,
del vicio campeón, bárbaro azote
de la virtud? ¡Es Claudio; el monstruo fiero
que el llanto de sus víctimas apura,
y se nutre voraz de oprobio ajeno!

Di que no tiemble al nauta, amenazado
por la furia de impíos elementos;
di que no tiemble a la infeliz paloma,
cuando el milano la persigue hambriento;
mas deja, deja que Virginia llore,
deja que vele, minorando el riesgo;
deja que al padre y al esposo envíe
en las alas del aire sus lamentos.

CAMILA Pero si Claudio, cual recelas, fija
en nuestro hogar la planta, ¿qué debemos
hacer? Responde.

VIRGINIA Valeroso el labio
de su deber le mostrará el sendero.

Camila se acerca a la ventana.

CAMILA Cobra esperanza: la tiniebla odiosa
desciende ya del Aventino huyendo;
ya en soplo leve el céfiro susurra,
húmedo de rocío, y sus reflejos
manda a la tierra la naciente aurora,
el limpio azul en púrpura tiñendo.

VIRGINIA ¡Cuánto es bella su luz tras noche horrible!
Aproximándose también a la ventana.

CAMILA Ahuyente al par la sombra y tu recelo.

VIRGINIA; Padre del día, bienhechor del mundo,
yo te bendigo, y renacer me siento!
¡Oh!... No me engaño... Acércate, Camila.
¿No ves un hombre que en su toga envuelto,
hacia aquí se dirige? ¡Es Claudio!
CAMILA
¡Claudio!
VIRGINIA Llega a la puerta.
CAMILA ¡Audacia sin ejemplo!
VIRGINIA; Y ábrela algún esclavo miserable
a quien temor o dádivas rindieron!
¡Míralo, y di si con razón temía!
CAMILA; ¿Y pudo hacer que tus leales siervos?...
VIRGINIA; Ay! El malvado es fruto corrompido
que al sano comunica su veneno.
¿Qué logro retardando una entrevista
que no puedo evitar?... Vete.
CAMILA Obedezco;
mas piensa...
VIRGINIA Acude si mi voz te llama.
CAMILA (¡Valedla, dioses!)
VIRGINIA (¡Amparadme, cielos!)

Escena II

VIRGINIA y APIO CLAUDIO.
CLAUDIO (¡Despierta, sola!) El decenviro Claudio
perdón te pide.
VIRGINIA Gratitud le debo.
¿Cuándo el hogar del centurión Virginio
honra tal mereció?
CLAUDIO Si en él penetro
no bien alumbra el resplandor del alba...
VIRGINIA; ¿Es quizá porque fausto mensajero
nuevas te dio de mi valiente padre?...
CLAUDIO Cesa y no ultraje tu desdén el fuego
en que por ti mi corazón se abrasa.
A repetir que te idolatro vengo.
VIRGINIA Bien se comprende el móvil que te guía,
por más que así lo ocultes: tu deseo
es probar mi virtud; y cuando Icilio
y el tierno padre vuelvan, como en premio
de su valor en la campal batalla,
referirles mi púdico desnudo.
¿Tú perseguir a la infeliz doncella,
mientras lucha y tal vez muere contento
el amoroso padre de familia
la libertad romana defendiendo?
Tú que gobiernas, y a la faz de Roma
debes favor a todos justiciero,
recompensar al ínclito soldado

con amargura eterna y vilipendio?
¿Ser un patricio, como nadie ilustre,
menos leal que el último plebeyo?
¡Nunca: imposible! Quien lo diga miente;
se engaña quien se atreva a suponerlo.
CLAUDIOFija la mente en codiciosos planes
miré el amor con lástima y desprecio,
hasta que Venus decretó sañuda
que en viva lumbre se cambiase el hielo;
y al ver tu rostro, me clavó en el alma
la aguda flecha del amor primero.
Sé que al amparo de tu padre, ofreces
a las más puras vírgenes ejemplo,
y auméntase el afán; que a Icilio adoras,
y hórrida tempestad rompe en mi pecho.
Juro olvidar el malhadado sitio
en que te vi, y a recorrerle vuelvo;
pasas, y miro tu divino rostro
jurando no mirarte al propio tiempo.
Contra el amor que me avergüenza lucho;
vana es la lid. Mi corazón soberbio,
que armado en ira resistencia opone
al fuerte impulso de voraz deseo,
sucumbe al fin, y despechado late
cual ruda perla que estremece el viento.
Ya desistí de la tenaz porfía:
ávido cunde el comprimido incendio,
y amado quiero ser. Mi nombre sabes,
dueño de Roma soy, y he dicho quiero.
VIRGINIANi al corazón se manda, ni me asusta
vano furor, ni Roma tiene dueño.
Esposa, es fuerza que me acates; hija,
favor me debes; tu piedad merezco,
niña infeliz y sola; ciudadano,
ceder te cumplo a mi ferviente ruego;
padre de Roma, en tan amargo trance
contra ti mismo a tu defensa apelo.
¿Quieres que doble la cerviz? Humilde
me postro y lloro. Desarruga el ceño;
Se arrodilla a alguna distancia de Claudio. Éste aparta de ella la
vista.
abre el seno a mis lágrimas: fecundo
en flores de piedad le hará este riego.
¿Es por ventura apetecible hazaña
rendir a una mujer? Más digno objeto
reclama tu valor. El ay escucha
que dan al aire en crudo abatimiento
madres, viudas y huérfanas; contempla
los campos de cadáveres cubiertos;
de extraño yugo amenazada Roma.

¿Y tú lo sufres? No; ¡que ya te veo
arder en nobles ímpetus! ¿Qué aguardas?
Débase el triunfo a tu incansable celo;
y el bien de Roma codiciando solo,
dicha tendrás y plácido sosiego,
libre de infausto amor; que amor de patria
basta a llenar un corazón entero.
CLAUDIO Sólo tu amor codicio. ¿Y qué, pudiste,
ambicionar más alto vencimiento?

¿Débil mujer con su desdén me agravia,
y yo el agravio sin venganza dejo?
Venid, cobardes ciudadanos: todos,
sin que la lengua os paralice el miedo,
decid si el hombre que su afán reprime
y suplica y aguarda, es el tremendo
decenviro, el tirano, el que dispone
de haciendas y de vidas, y a un acento
difunde en torno el júbilo, o de espanto
hace temblar de Roma los cimientos.

¡Tampoco yo me reconozco ahora:
yo también de mí propio me avergüenzo
venid, venid y en mi baldón gozáos:
el que tigre os espanta es vil cordero.
¡Venid, y el susto convirtiendo en mofa,
ved al tirano convertido en siervo!

VIRGINIA Déjame.

CLAUDIO No lo esperes.

VIRGINIA Me horroriza
tu amor.

CLAUDIO ¡El de otro te seduce!

VIRGINIA Eterno
será el que a Icilio consagré.

CLAUDIO Desiste.

VIRGINIA Nunca.

CLAUDIO Olvídale.

VIRGINIA ¿Ignoras que un afecto
que en la virtud se funda, acaba sólo
con la vida? ¡Le adoro! ¡Te aborrezco!

CLAUDIO Pues bien, mía serás.

VIRGINIA ¿Virginia tuya?
Sella el impuro labio.

CLAUDIO Estoy resuelto:
tú misma el precio del favor señala.

VIRGINIA ¿Yo vender mi virtud? ¡No tiene precio!

CLAUDIO Pues tiembla.

VIRGINIA En vano intimidarme quieres.

CLAUDIO ¿Ignoras, desdichada, cuánto puedo?

VIRGINIA A reprimir y castigar delitos
alcanza tu poder; no a cometerlos.

CLAUDIO El corazón de la mujer es cera.

El tuyo al fin se ablandará; lo espero.
 VIRGINIA El corazón de la mujer romana
 es cera a la virtud, al vicio hierro.
 CLAUDIO Lástima sólo tu desdén me inspira.
 Yo postraré tu efímero ardimiento.
 VIRGINIA ¡Auxilio a Roma pediré!
 CLAUDIO ¿Y en Roma
 quién puede más que el decenviro?
 VIRGINIA El
 pueblo.
 CLAUDIO Basta. Adiós, pues. Para luchar contigo
 tengo astucia y poder, y tengo celos.
 VIRGINIA Para vencer en la contienda impía
 yo mi virtud y mi constancia tengo.
 Vase Apio Claudio.

Escena III

VIRGINIA y CAMILA.
 VIRGINIA ¡Camila! ven. ¡Camila!
 CAMILA ¿Fuese?
 VIRGINIA Tanto
 pude lograr.
 CAMILA ¿Qué hiciste?, di.
 VIRGINIA Primero
 responder con la súplica al agravio;
 después con la arrogancia y el desprecio
 desafiar su cólera, humillarle,
 hacerle huir rabioso de despecho,
 probarle que el valor que al hombre inflama
 cabe también en femeniles pechos!
 CAMILA ¡Oh, sí! Los dioses tu inocencia escudan.
 Mas ya que el triunfo en su bondad te dieron,
 al buen soldado que en la tregua atiende
 a reponer el abatido esfuerzo,
 dócil imita, y tu zozobra acabe
 en los tranquilos brazos de Morfeo:
 que mal conserva su vigor el alma
 si en largo insomnio desfallece el cuerpo.
 VIRGINIA En tu adhesión y tu prudencia fío,
 y a obedecerte voy. Ya nada temo.
 CAMILA Y Marte quiera que el bifronte Jano
 cierre en breve las puertas de su templo.
 VIRGINIA cumple a los hombres defender con gloria
 el honor de la patria combatiendo;
 guardar intacto a las mujeres cumple
 el honor de los hombres. Lidien ellos
 con armas en el campo; aquí nosotras
 armadas de virtud lidiar sabremos.
 Prendas del alma, cuya ausencia lloro,
 hoy nos amaga pérfido extranjero;

soldados sois: por el honor de Roma
impávidos luchad; yo guardo el vuestro.
Entra en su estancia.

Escena IV

CAMILA, después ICILIO.

CAMILA ¡Amigo bienhechor del ser que llora,
inagotable fuente de consuelo,
padre del hondo olvido, hermosa imagen
de la eternal quietud, pródigo sueño!
Sobre ella ejerce tu benigno influjo
librándola de aciagos pensamientos.
¡Horrible fuera padecer velando,
buscar reposo y padecer durmiendo!
Tú que al agravio de enemiga suerte
dulce mentira opones, placentero
con ósculo de paz su frente sella,
bate a su alrededor tu manso vuelo,
y plácidas imágenes sonrían
a quien busca en tu amor pronto remedio,
ya que afilando la insaciable garra
torvo espera el dolor pegado al lecho.

Pausa.

¿Mas qué nuevo rumor?... ¿Será posible
que torne Claudio?... Corro a detenerlo.

¡Icilio!

ICILIO ¡Gracias, soberanos dioses!

Dando señales de fatiga.

¡Al fin logré llegar, al fin aliento!

Dejándose caer en un lecho.

CAMILA Cómo, señor, ¿tú en Roma?

ICILIO Al punto, corre,
llama a Virginia.

CAMILA Mírala.

ICILIO Durmiendo.

CAMILA ¡Ha padecido tanto!

ICILIO ¡Horrible duda!

¿Quién su dolor motiva?

CAMILA ¡Ay! El exceso
de mal tan grande adivinar no puedes.

ICILIO Lo ignoro aún, pero si a Roma vuelvo
es porque el alma resistir no pudo
a la voz de fatal presentimiento.

¡Y ojalá que me engañe! Ayer que el lauro
iba a lograr de mi ferviente anhelo,
el decenviro de mi bien me aparta,
falsa derrota, astuto, suponiendo.

El fiero Atilio que cayó en mis brazos
herido por sus propios compañeros,
ultrajados por él, llevaba ocultas

la empresa dilatando que proyecto.
Ella lo quiso: me rechaza libre,
esclava tuya depondrá el esfuerzo.
MARCOCesa, y escucha sus dolientes ayes.
CLAUDIOVen, pues, y a cabo nuestro plan llevemos.
Abre la puerta de la estancia de Virginia y se detiene.
¡Dormida!
MARCO Horrible agitación demuestra.
CLAUDIOTal vez mi sombra la persigue en sueños.
VIRGINIA¡Claudio!
Dentro.
CLAUDIONo me engañé.
VIRGINIA Detente... aparta...
Dentro.
MARCOVa a despertar.
VIRGINIA ¡Socorro!
Dentro.
CLAUDIO Aquí la espero.
VIRGINIA¡Huye, impío de mí!... ¡Déjame!... Nunca...
Sale despavorida de su estancia, y como queriendo detener a alguno.
¡Antes la vida!... ¡Ay mísera!... ¿Qué es esto?
Como volviendo en sí.
¿Es sueño o realidad? A Claudio he visto
y he luchado con él..., y aún juzgo verlo
tender los brazos hacia mí.
CLAUDIO ¡Virginia!
Presentándose a ella.
VIRGINIA¡Oh!... ¡Claudio!... ¡No he dormido!... No; no sueño:
es él... ¡Es realidad!... ¡Favor!... ¡Socorro!
Déjame..., tente... Aparta. ¡Lejos... Lejos!
Sale retrocediendo por la puerta del foro.
CAMILA¡Icilio!
Presentándose en la puerta de la derecha.
CLAUDIO ¿Qué oigo?
Deteniéndose.
CAMILA ¡Icilio!
ICILIO ¡Claudio!
Apareciendo igualmente en la puerta de la derecha.
CLAUDIO
¡Oh, furia!
CAMILA¿Dónde, Virginia..., dónde? ¡Allí la veo!
Después de haber recorrido el escenario se asoma a la puerta del
foro y sale por ella precipitadamente.
CLAUDIOLa ley castigue al desertor. Vosotros
detenedla.
ICILIO ¿Por qué?
Colocándose en medio de la puerta del foro.
CLAUDIOMarco es su dueño:
la reclama.
ICILIO ¿Qué dices?

CLAUDIO Pronto en Roma
se sabrá la verdad de este misterio.
ICILIO¿Creíste hallar dos tímidas mujeres?...
CLAUDIOSeguidla.
AULO ¡Icilio!
Presentándose en la puerta del foro.
ICILIO Ven. ¡Te envía el cielo!
CLAUDIODeja al traidor y al decenviro acata.
AULO¡Por él y contra ti brille mi acero!
Desnudando el estoque y preparándose a guardar la puerta.
CLAUDIOPaso, o temed mi cólera.
ICILIO Detente,
Desnudando también el estoque.
O Roma es libre y a Virginia vengo!
FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero

Plaza. Desde el promedio del escenario se extiende hacia el foro el atrio de un templo dedicado a Júpiter.

Escena primera

VIRGINIA, ICILIO y CAMILA.

ICILIODescansa aquí, y en mis amantes brazos da treguas al dolor. Yo te lo ruego; la causa dinos del pavor que sientes.

VIRGINIAAno, que olvidarla para siempre anhelo.

¿Y Claudio? ¿Cómo su furor burlaste?

¿Dónde está? ¿Nos persigue?

ICILIO No queriendo

acrecentar la indignación de Roma si era en el rudo choque descubierto, de no seguirte ni espiar mis pasos rindió por el dios Fidio juramento. Franca dejando la salida entonces, Aulo y yo, nos lanzamos por diversos caminos en tu busca.

VIRGINIA ¡Oh monstruo aleve!

CAMILAEn nuestro hogar con impío atrevimiento fijó la planta, pero tú le diste mil y mil pruebas de virtud y esfuerzo.

Tal vez comprenda que triunfar no puede, y desista por fin del loco intento.

VIRGINIAMal le conoces, o me engañas.

ICILIO Pronto

verás en Roma al ínclito guerrero
Que el ser te dio.

VIRGINIA Marchemos.
Dirigiéndose a la derecha.
MARCODetente, y ven conmigo.
Llega por el mismo sitio que Aulo. -Queriendo asir de un brazo a Virginia.
ICILIO ¡Aparta!
VIRGINIA
¡Oh dioses!
ICILIO¿Ella seguirte?
MARCO Ayer se ha descubierto
oculto engaño, y a la faz de Roma
hoy de Virginia apoderarme puedo.
Si no me sigue, apelaré a la fuerza.
Haciendo a sus esclavos señal de que se acerquen.
ICILIO¡Tened!
Amenazándolos.
MARCIO ¿Por qué razón?
ALGUNOS DEL PUEBLO ¿Con
qué derecho?
CLAUDIOsiempre a tu voz el decenviro acude,
Sale por la izquierda seguido de doce lictores.
pueblo romano. Explícame el suceso
que así te alarma.
ICILIO ¡Y se atrevió a jurarme
que no te seguiría!
MARCO Ampara recto
a quien justicia y protección reclama.
Mi labio ayer te reveló un misterio
que dueño me hace de Virginia. Vuelva
a mi poder.
CLAUDIO A tu demanda accedo.
MARCOSígueme.
VIRGINIA Dinos el motivo.
CLAUDIO ¡Ay triste!
No lo quieras saber.
VIRGINIA Quiero saberlo.
CLAUDIOHabla.
MARCO La que pasó por madre tuya,
no lo fue en realidad.
VIRGINIA ¿Qué dices?
MARCO
Viendo
su lecho estéril y al airado esposo
en lejana región, compra en secreto
a mi esclava Laódice una niña,
y hace creer que es fruto de su seno.
Ayer murió tu verdadera madre,
esta escondida trama descubriendo.
Según la ley, el hijo de mi esclava
me pertenece.

AULO Todos lo piden.
PUEBLO Todos.
CLAUDIO Ya os precedo,
y al punto mismo...
ICILIO ¿Ignoras que Virginia
tiene un padre supuesto o verdadero?
¡Es Virginio!
MARCIO ¡Un soldado valeroso!
AULO ¡Un héroe!
ICILIO Que se aguarde a su regreso.
MARCO (Sin orden tuya regresar no puede.)
A Claudio.
CLAUDIO Pues bien; de Roma acato los preceptos.
VIRGINIA ¡Gracias, clemente Jove!
CLAUDIO Pero en tanto
que el juicio que pedís se lleva a efecto,
es fuerza que a Virginia se custodie
en seguro lugar. Nadie, os lo advierto,
verla podrá; ni el centurión Virginio.
MARCO Yo la reclamo: custodiarla debo.
VIRGINIA ¡Tú! Nunca.
Murmullos del pueblo.
CLAUDIO Yo, mi rectitud probando,
la guardaré bajo mi propio techo.
VIRGINIA ¡Ten de mí compasión!
ICILIO Oídme: quiere
ponerla en tan odioso cautiverio
porque lúbrico amor su pecho inflama.
VIRGINIA ¡Amor al crimen que inspiró el averno!
ICILIO ¡Porque rendir su honestidad pretende!
VIRGINIA ¡Y porque yo, romanos, la defiendo!
CLAUDIO Sustraerse a la ley en vano esperan
con tal acusación, que yo desprecio.
¡Ay del que osado a mí querer se oponga!
Al pueblo que da muestras de indignación y cólera. -El pueblo
retrocede de nuevo.
ICILIO Mátame.
CLAUDIO A Icilio aprisionad.
VIRGINIA Teneos.
Cede a la fuerza, y a mi padre aguarda.
Yo a los tres mi venganza os encomiendo.
¿Tú morir? No: ¡para salvarme vive!
ICILIO ¡Oh rabia!
VIRGINIA (Tu puñal.
Icilio entrega un puñal a Virginia; ésta le oculta.
Gracias.) Marchemos.
Roma degenerada, ¿así me entregas
al corruptor infame? Quiera el Cielo
que no se miren vuestras hijas nunca
en el horrible trance en que me veo.

Sígueme: yo te mostraré el camino
gritando que soy libre y te aborrezco!
Da un paso y se detiene.
¿Y permitís, oh númenes, que nazcan
tales malvados? Pero sí; comprendo
el gran designio... y mi valor se aumenta:
¡al malo hacéis para probar al bueno!
¡Vamos!
Vase por la izquierda, seguida de Apio Claudio, Marco Claudio, los
lictos y los esclavos.

Escena III

ICILIO, AULO, CAMILA y pueblo; después VIRGINIO.

ICILIO ¡No, no es posible! Antes la muerte
que abandonarla a su destino adverso.

AULO Fuera tu arrojito inútil.

Deteniéndole.

ICILIO ¡Me abandonan
las fuerzas!... ¡Oh! Corred a detenerlos:

no toleréis que me la robe. Amigos,
¡ved que es mi bien, mi esposa! ¡Yo fallezco!

AULO ¡Icilio! ¡Icilio! Desdichado, alienta
para vengarla. ¡Sí; la vengaremos!

CAMILA Pronto Virginio volverá, y entonces...

AULO Sucumbirá también si al tigre fiero
su presa intenta arrebatarse.

CAMILA ¡Bien dices!

AULO todos calmar su furia procuremos.

CAMILA ¿Quién, hija mía, llorará contigo?

¿Quién te dará su ayuda en tanto duelo?

SERVILIO ¿Qué piensas tú de lo que está pasando?

MARCIO Que ni en Roma nacimos, ni tenemos
sangre en las venas.

SILVIA ¡Desdichada joven!

¡Maldito decenviro!

MARCIO ¡Me avergüenzo
al recordar!...

OCTAVIA ¡Y cuando vuelva el padre!...

SILVIA ¡Crudo golpe le aguarda!

ICILIO ¿Es cierto, es

cierto

que la virtud a la traición sucumbe,
que el vil me la arrebatase?

DECIO ¿Qué estoy viendo?

Aquellos dos que en rápidos corceles
hacia aquí se dirigen...

CAMILA Sí, son ellos.

Mirando en la misma dirección.

ICILIO El esclavo y Virginio.

MARCIO Allí.

Regaré con mis lágrimas su cuerpo;
 su casta frente ceñiré de flores;
 daré a sus labios el postrero beso...
 Y después al combate. ¡Oh patria mía!
 ¡Dichoso yo si expiro como bueno!
 AULO Virginia vive.
 VIRGINIO ¡Vive!
 ICILIO Tu infortunio
 fuera si no viviese más pequeño.
 VIRGINIO Acaba de una vez...
 ICILIO Mi tierna esposa
 se hallaba en este sitio hace un momento...
 AULO Y Claudio ahora en su poder la tiene.
 ICILIO Marco a Virginia reclamó diciendo
 que fue su madre verdadera, esclava
 que le pertenecía, y que en secreto,
 lejano tú, se la vendió a tu esposa.
 Virgino los mira alternativamente con el mayor asombro.
 AULO Aun comprender no puedes el misterio
 de tan horrenda trama.
 ICILIO El decenviro
 arde por ella en licencioso fuego.
 AULO ¡Y a tus brazos la arranca!
 ICILIO ¡Y la condena
 a ceder sin defensa en duro encierro!
 VIRGINIO ¡Oh!... ¿Qué dices?... Repítelo... -¿Qué tardas?
 ¡Para creer el mal ni aun basta verlo!
 ¡Deshonra! ¡Esclavitud!... ¡Virginia!... ¡Claudio!...
 ¿Cuál de los dos delira?... ¡Tú! ¿No es cierto
 Dirigiéndose al pueblo.
 que ya el sepulcro la inocencia guarda
 de la que fue mi orgullo y mi embeleso?
 ¿Será verdad?... ¡Esclavitud!... ¡Deshonra!...
 ¡No!... Mentira!... ¡Imposible!... ¡No lo creo!
 Pausa. -Todos demuestran el mayor abatimiento. Virgino dirige una
 mirada indagadora en torno suyo, y exclama dirigiéndose al pueblo:
 ¡Y aquí se hallaba..., y los traidores lobos
 por la tímida oveja aquí vinieron!
 Dadme a Virginia; dádmela. ¡Cobardes,
 el brillo de una espada os causa miedo!...
 Bien hace Claudio en oprimir a Roma:
 cuando un pueblo es esclavo, debe serlo.
 CAMILA ¡Señor!
 AULO Escucha.
 ICILIO Cálmate.
 VIRGINIO Dejadme:
 no irritéis mi dolor con el consuelo.
 Venganza pide la virtud, venganza
 la libertad, venganza mundo y cielo.
 ¡Le buscaré! ¡Le mataré!

Desnudando el estoque.

AULO

Detente

ICILIO sólo a tu perdición caminas ciego.

VIRGINIO ¿qué he de hacer? Aconsejadme todos;

prestadme ayuda. Si triunfar no puedo,

mi fuerte brazo perderá la patria,

que no hay valor sin honra... ¡Y vuela el tiempo

y su pureza el bárbaro marchita,

y ultrajando mi honor, ultraja el vuestro!

Por la sangre en los campos derramada,

perdonadme estas lágrimas que vierto.

¡Era mi solo bien! ¡Único es siempre

el hijo desdichado! Hablad: salvemos

a la infeliz, o el que la agravia expire.

¡su lado! ¡Indefensa! ¡Un medio! ¡Un medio!

Recorriendo la escena y dirigiéndose a todos.

ICILIO Valor, romano, y tu aflicción modera.

VIRGINIO ¿Sabes tú por ventura lo que pierdo?

¡Tú no eres padre!

CAMILA

Protegedla, ¡oh dioses!...

Icilio y Aulo hablan aparte, como para tomar una resolución.

VIRGINIO Sí, la protegerán: los elementos

nuncian su encono, la tormenta avanza.

Hunde, tonante Dios, hunde al protervo.

La escena se oscurece rápidamente. El pueblo, sobrecogido de pavor,

se retira al fondo del teatro, donde permanece hasta la conclusión

del acto.

ICILIO Corre y en sus moradas penetrando

refiere a tus amigos y tus deudos

la iniquidad que te deshonra.

A Virginio.

VIRGINIO

Al punto.

AULO Haz que te sigan y arrostrando el riesgo,

vuela al palacio del traidor.

ICILIO

Su guardia

quizá no te conozca

VIRGINIO

Mensajero

me fingiré del campo.

ICILIO

Tu presencia

refrenará la audacia del perverso.

AULO Yo a mis parciales buscaré.

ICILIO

Los míos

acudirán veloces.

CAMILA

En el templo

rogaré por vosotros.

ICILIO

Ciudadanos,

dirá mi voz, por nuestro honor lidiemos!

AULO ¡Por nuestra libertad!

VIRGINIO

¡Por nuestros hijos!

ICILIO ¡Esperanza!

Tú me llamaste, y obediente vine.

¿Qué anhelas?

CLAUDIO Despejad.

Marco y los esclavos se van por la puerta del foro.

Augur, reclamo

de tu saber los beneficios.

AUGUR Habla.

CLAUDIO Tumba sea tu pecho a mi relato.

Existe una mujer que me aborrece
y a quien rendir frenético he jurado;
mas hoy que la privé de humana ayuda,
llevar queriendo mi designio a cabo,
Nuevo Tarquino me llamó, Lucrecia
una vez y otra vez sonó en su labio,
y a Jove luego demandó socorro,
y al punto Jove respondió tronando;
y «Jove me defiende, tiembla!» dijo,
y temblé..., como tiemblo al recordarlo!...

Corro al hogar, ofrezco a mis penates
dulce miel, y a mis plantas la derramo;
huyo de nuevo, y rásgase mi toga;
y corro más, y cuando llego al atrio,
gira a mi alrededor siniestro búho,
negro can a mi vista pasa aullando,
y siento al fin mi sangre congelada,
y me roba la vida el fiero espanto!

¿Qué significa mi fatal congoja?

¿Qué me dicen augurios tan infaustos?

Rasgue tu ciencia el misterioso velo
que sobre lo futuro extiende el Hado.

AUGUR Cálmate.

CLAUDIO Ningún riesgo me amenaza,

¿no es cierto? Sí: lo presumía! Caro
pagará la cuitada el hondo susto
que en fatídico instante me ha causado.

Pronto sin honra bajará a la tumba.

AUGUR (¿Tan joven, tan hermosa!)

CLAUDIO En holocausto

al sumo Jove ofreceré su sangre.

AUGUR; Ay de ti si ella muere, desdichado!

CLAUDIO; Oh! ¿Qué pronuncias?

AUGUR El funesto augurio

es ya a mis ojos como el día claro.

CLAUDIO; ¿Qué tardas? Habla; explícate!...

AUGUR La vida

de esa mujer que el repetido halago

supo esquivar impávida, a la tuya

ligada está por invisible lazo.

Será su muerte de tu muerte anuncio,

y entre ambas mediará muy breve espacio.

Ruja otra vez la tempestad, ¿qué importa?
¡Aun soy el decenviro..., aun puedo..., aun mando!
Marco.
Acercándose resueltamente a la puerta del foro.
MARCO Señor.
Entrando por el mismo sitio.
CLAUDIO ¿Qué hiciste?
MARCO Al campamento
ha partido veloz nuevo legado,
y una vez en el Álgido Virginio,
intentará sin fruto abandonarlo.
CLAUDIO¿Y a mi guardia severo previniste?...
MARCOQue sólo entrar no vede a quien del campo
algún mensaje traiga.
CLAUDIO Corre, y torna
con Virginia a este sitio. Escucha, Marco.
Marco se detiene.
Si el juicio al fin se verifica, y eres
de esa doncella dueño declarado,
hasta que yo la guarde, de su vida
tú me responderás. Ni leve daño
sufra Virginia si la tuya aprecias.
MARCOFía en mí.
Vase por la puerta de la izquierda.
CLAUDIO ¡Venceré! No amor liviano
a Claudio avasalló; pasión más grande
le embravece: ¡el despecho! ¿Triunfa acaso
débil arbusto de huracán soberbio
a cuyo fuerte empuje el monte es llano?
héla aquí.

Escena III

APIO CLAUDIO. VIRGINIA, que cruzada de brazos se adelanta hacia el
proscenio. MARCO y dos esclavos, que a una seña de CLAUDIO se
retiran por la puerta del foro.

CLAUDIO Ya lo ves: nadie te ampara;
aquí todo obedece mi mandato;
sola estás.

VIRGINIA El pudor está conmigo.

CLAUDIONo lograrás enfurecerme: te amo.

VIRGINIAPruébalo.

CLAUDIO ¿De qué modo?

VIRGINIA El sacrificio
es del amor inseparable hermano.

Renuncia a tu propósito; respeta
a la mujer amada.

CLAUDIO Nunca el dardo
en su rápido vuelo retrocede:
tal es mi voluntad.

VIRGINIA ¿Y así obcecado,

te compraré a tu dueño: de mi vista
nunca te apartarás; ¡siempre a mi lado!
VIRGINIA ¡Hazañas dignas de memoria eterna!

Yo desde luego tu heroísmo aplaudo.
Siga rigiendo en la potente Roma
tan recto juez, caudillo tan bizarro,
y el pueblo rey que amenazaba al mundo,
siervo se arrastrará de pueblo extraño.

Gozarte ansioso en el dolor ajeno,
recurrir a encubierto asesinato,
cebar tu saña en tímida doncella;
las leyes que tú mismo has sancionado
pérfido hollar, juzgarte valeroso
cuando te cerca bélico aparato,
¡oh, sí; de tantos portentosos hechos
ciñe tu frente el envidiable lauro!

Pero en la cumbre del poder te miras
a desventura eterna condenado,
porque a sí propia la maldad se hiere,
porque al hacer temblar, tiembla el tirano!
CLAUDIO En breve los excesos que me imputas
verás en justa pena realizados.

Esto exige mi amor.

VIRGINIA ¡Maldito sea
amor que al odio se parece tanto!

CLAUDIO ¡Cilio morirá.

VIRGINIA Con honra expire.

CLAUDIO Será tu padre de mi furia blanco:

VIRGINIA mátele el golpe de enemiga saña,
y no el dolor de verse deshonrado.

CLAUDIO ¿Por qué desdeñas a propicia suerte?

Pronuncia un sí, pronúncialo, y ufano
rompo tus hierros y te doy riquezas,
¡poder! Un no te abismará en el fango.

Responde.

VIRGINIA No.

CLAUDIO Tu desventura labras.

VIRGINIA Mil veces no.

CLAUDIO Si galardón más alto
codicias, habla; pide, y Roma es tuya.

VIRGINIA Fácilmente se otorga un bien robado.

CLAUDIO Pues de la tumba o mía.

VIRGINIA De la tumba.

CLAUDIO ¡Al punto!

Dirigiéndose hacia la puerta del foro.

VIRGINIA Corre, que impaciente aguardo.

CLAUDIO Piénsalo bien. ¡La muerte!

Deteniéndose.

VIRGINIA Soy romana.

CLAUDIO Pierdes la vida.

MARCO Señor, el pueblo amotinado
a las puertas se agolpa.
VIRGINIA ¡Oh gozo!
CLAUDIO ¡Oh
rabia!
VOCES DENTRO ¡Virginia! ¡El juicio!
CLAUDIO Al punto dispersadlo.
MARCO Fuera empresa arriesgada. Hablarte quieren.
CLAUDIO Sólo a dos por la plebe designados
conduce a este lugar.
Vase Marco precipitadamente por la puerta del foro.
VIRGINIO ¡Lo ves, soberbio!
Roma alienta de nuevo: estoy vengado.
Nuevos rumores.
CLAUDIO Yo en su furor encuentro mi delicia,
que así más gloria al reprimirla gano.
Esa voz es el último quejido
que lanza el moribundo entre mis manos.
VIRGINIO Ese rumor que tu coraje irrita,
anuncia que volvió de su desmayo;
y el despertar de un pueblo es más terrible
a medida que el sueño fue más largo!
VIRGINIA ¡Icilio!
Icilio, Aulo y Marco entran por la puerta del foro.
ICILIO Roma por mi voz te ordena
que des al punto libertad a entrambos.
AULO Que sin demora se celebre el juicio.
CLAUDIO Pues bien, salid; y al juicio preparaos.
Fuera de sí.
ICILIO ¡Al foro, al foro!
CLAUDIO A mis clientes arma;
al foro mis lictores, mis soldados.
VIRGINIO ¿Quieres la guerra?
CLAUDIO Cuenta mis secuaces.
¿Quiénes serán allí tus partidarios?
VIRGINIO La juventud y la vejez unidas.
VIRGINIA ¡Los padres y los hijos, sublevados
al grito del amor!
ICILIO Pronto veremos
Acercándose a Claudio.
si en Roma alientan siervos o romanos.
VIRGINIA Pronto en el juicio, de mi tierna madre
Acercándose también al decenviro.
verás sin mancha el nombre calumniado!
VIRGINIO Sí, fermentado: la calumnia es nube
y la inocencia sol que brilla al cabo!
Imitando el movimiento de Icilio y Virginia.
VOCES DENTRO ¡Virginia! ¡El juicio!
ICILIO Tu castigo empieza.
CLAUDIO Salid.

VIRGINIA ¡Con honra entré; con honra salgo!
Virginio, amenazando todavía a Claudio con la mirada, se dirige hacia la puerta del foro seguido de su hija, Icilio y Aulo. El decenviro, teniendo a Marco a su espalda, permanece colérico en el centro del escenario, señalándoles la puerta de salida con el brazo derecho.

FIN DEL ACTO CUARTO.

Acto quinto

Foro romano. -En el centro la tribuna.

Escena primera

Pueblo ocupando el ala derecha del escenario. -VIRGINIA, CAMILA y otras dos mujeres en el lado opuesto, de rodillas y en actitud suplicante. Las cuatro visten traje de luto. VIRGINIO, ICILIO (enlutados también) y AULO ocupan el centro. -El primero, con una corona de encina en la cabeza, estará más cercano al proscenio y como llamando la atención hacia el grupo que forma su hija con las que la acompañan. El pueblo da muestras de abatimiento, y parece esquivar las miradas de Virginio.

VIRGINIO Pueblo romano, tu favor implora
enlutada familia. Atroz vileza
del pacífico hogar de mis abuelos,
para siempre tal vez la dicha aleja.
Nunca ignoré que mancha el beneficio
la vana ostentación que lo recuerda;
mas no lo mancha el infortunio honrado
cuando a la gratitud gimiendo apela.
Yo vengo ¡oh pueblo! a recordar los míos;
que a extremo tal mi desventura llega.
Lucio Virginio soy: ni leve falta
turba la eterna paz de mi conciencia.
Sí a Roma supe defender, mi sangre
enrojeciendo el campo os lo demuestra.
Con oro y plata, generosa un día,
Roma ciñó mi frente en recompensa
de haber salvado el campamento amigo
y rendido enemiga fortaleza.
También gané la veneranda encina
que en la corona cívica se ostenta.
Miradla: os dice que salvé a un romano,
matando a su enemigo en la refriega.
He aquí mis hechos: defender la patria
y amar a mi familia. ¿Se me niega
el patrocinio que reclamo? ¡Todos
sabéis por qué! ¿Ninguno me contesta?
AULO ¡Cómo! ¿Los que antes con gallardo intento
a Claudio amenazaban a las puertas
de su propia guarida, al ver que algunos
en su poder cayeron, porque elevan
cien lictores las fascas y el soldado

con duelo el hierro envilecido muestra,
ya retroceden, y la frente inclinan
para besar la planta que los huella?
Levántase Virginia y se dirige al grupo de la derecha.
VIRGINIA; Oh hermanas mías! Recordad que siempre
visteis en mí querida compañera,
y a vuestro lado visité los templos
y presencié los ritos y las fiestas.
¿Consentiréis que la traición me prive
de cuanto amé desde la edad más tierna?
ICILIOY si al ajeno llanto no te apiadas,
mira, pueblo infeliz tu propia mengua:
los ojos vuelve al lastimoso aspecto
que la ciudad de Rómulo presenta.
Los decenviros, que formando leyes
a no cumplirlas aprendieron, huellan
los más santos derechos; nuestra gloria
hundida yace en afrentosa guerra,
y el valiente adalid ríndese ufano
por humillar al jefe que detesta.
Y... ¿lo pudisteis olvidar?... Sicinio
víctima fue de la traición más negra.
¡Venganza piden sus airados manes,
vagando sin cesar en noche eterna!
¿Es éste, es éste el valeroso pueblo
a quien Bruto legó tan rica herencia?
¿Cayó Tarquino, y toleráis humildes
que diez tiranos su rigor ejerzan?
No porque se alce con distinto nombre,
el malvado opresor de serlo deja,
ni la execrable servidumbre acaba
porque a un solo tirano diez sucedan.
VIRGINIODecid: ¿ninguno de vosotros llora
torpe desmán, injusta violencia
del que hoy me agravia? A su apetito ciego
ya no tienen las vírgenes defensa
en el santo pudor; ni ya el marido,
recelando traidora stratagema,
en la virtud de su mujer descansa;
ni ya los padres con sus hijos cuentan.
¡Ya el amor en zozobra se convierte,
y es don funesto el don de la belleza!
VIRGINIA; Oh, sí; temblad: la desventura mía
es infalible anuncio de la vuestra!
¡Abraza, Emilia, a tu adorado padre,
Impeliendo a una joven para que abraze a su padre.
que mañana, infeliz, tal vez le pierdas!
¡Abrázalos, Octavia, aún son tus hijos;
Levantando en sus brazos a un niño y arrojándolo en los de Octavia.
pero acaso muy pronto no lo sean!

Dirigiéndose al pueblo.
 para con él avaro de clemencia?
 ¿Quién resolvió que se aplazase el juicio,
 para evitar que desde luego sierva
 suspirara Virginia? Y tú ¿qué hiciste?
 Pagar el beneficio con la ofensa.
 Alcen de nuevo atronadoras voces
 imputándome excesos y vilezas;
 clamen de nuevo que a Virginia adoro
 y que Virginia mi pasión desdeña...
 No importa: exento de cobarde saña,
 el recto juez a sentenciar se apresta.
 VIRGINIA Si así tu acento a la mentira otorgas,
 sobornada verdad, ¡maldita seas!
 MARCO Momentos antes de morir, su fraude
 mi esclava consignó.
 Entregando un papiro a Claudio, que éste repasa con la vista.
 VIRGINIO Y aunque así fuera,
 ¿merece en Roma crédito un esclavo?
 CLAUDIO Pruebas escritas Marco me presenta,
 pero ninguna tú.
 VIRGINIO Te engañas: lee...
 CLAUDIO ¿Dónde?
 Interrumpiéndole.
 VIRGINIO En el corazón de Roma entera.
 CLAUDIO ¿Tienes testigos?
 A Marco.
 MARCO Tres.
 A una señal suya se adelantan tres ciudadanos.
 CLAUDIO Hablad.
 UN CIUDADANO
 Nos consta,
 Los tres extienden el brazo derecho.
 y sostenemos cuanto Marco alega.
 CLAUDIO Son ciudadanos y atestiguan.
 A Virginio.
 VIRGINIO Siervo
 es todo el que se vende.
 CLAUDIO Tu insolencia
 ya nos agravia a todos.
 VIRGINIO He jurado
 decir verdad, y cumplo mi promesa.
 VIRGINIA Otros afirman lo contrario.
 CLAUDIO ¿Quiénes?
 CAMILA Yo, que vi de su madre verdadera
 el maternal delirio; ¡amor sublime
 que en la menor caricia se revela!
 AULOYo, sosteniendo que tan sólo aspiras
 a manchar inclemente su pureza.
 ICILIO Yo, a quien de Roma pérfido ahuyentaste,

para que nunca regresar pudiera.

PUEBLO; Todos! ¡Todos!

CLAUDIO Benignos ciudadanos,

no vil falacia y súplicas os vengan.

Turbar la paz pretenden. Tal designio

a tiempo supe, y malogré su empresa.

Señalando a los soldados que rodean el foro.

Claudio los compadece; el juez, de Marco

ve la razón, y en su favor sentencia.

Movimiento general de indignación. Rumores prolongados.

VIRGINIA; Alzate de la tumba, madre mía,

o den por ti los númenes respuesta!

ICILIO Feroz tan sólo te juzgué; de astuto

Irónicamente.

fama también mereces duradera.

Siempre será modelo de tiranos

el que tigre y raposo a un tiempo sea.

CLAUDIO; Ay de ti, miserable!

VIRGINIO ¡Y no hay remedio!

¿De la que es hija mía te apoderas?

CLAUDIO; Culpable obstinación! Si en este engaño

has sido tú la víctima primera,

¿cómo puedes saber que es hija tuya?

VIRGINIO; Cómo lo sé pregunta! ¡Si os dijeran

Dirigiéndose al pueblo.

que no sois padres de los hijos vuestros,

hijos de vuestros padres, ¿lo creeráis?

PUEBLO; Nunca! ¡Jamás!

VIRGINIO Para mayor victoria,

resuelve que me juzgue una asamblea

de padres de familia, y un suspiro

será en mi abono irrecusable prueba.

¿Cómo lo sé! Desventurado, ¿ignoras,

que siempre fue verdad la voz secreta

con que a los tiernos corazones habla,

fuelle de vivo amor, naturaleza?

¡Yo en mis entrañas resonar la escucho!

¡Hija!

VIRGINIA ¡Padre!

Corriendo a precipitarse en sus brazos.

VIRGINIO ¿Lo ves? ¡Vana cautela!

Mi corazón es corazón de padre.

¿Cómo lo sé! ¿No basta que lo sienta?

VIRGINIA Duélete de sus canas. ¿Tienes hijos?

Esta infeliz por ellos te lo ruega.

CLAUDIO Yo sólo atiendo a mi deber.

VIRGINIA ¿Qué dije?

¡Hijos tú, Claudio!... La justicia eterna

no pudo concedérselos al hombre

que a los demás robárselos intenta.

CLAUDIO Basta. Virginia pertenece a Marco.
No yo, las doce tablas la condenan.
Nuevos rumores y gran movimiento en el pueblo
VIRGINIO ¡Bárbaro!
CLAUDIO ¿Lo escucháis?
SILVIA ¡Defiende un hijo!
VIRGINIO ¿Qué puedo ya temer?
CLAUDIO ¡La muerte!
VIRGINIO
Venga.
La vida, infames, adorad vosotros
que otra cosa no amáis sobre la tierra.
CLAUDIO Apoderaos de Virginia.
A los lictores, que se adelantan hacia ella.
ICILIO ¡Amigos!
VIRGINIO ¡En vano arrebátarmela deseas!
Cogiendo convulsivamente a su hija, y como procurando ocultarla
entre sus brazos.
CLAUDIO La ley, la ley te la arrebata.
ICILIO Siempre
la invoca más quien menos la respeta.
El pueblo toma una actitud amenazadora.
CLAUDIO ¿Quién duda ya que perturbar pretenden
la santa paz que afianzó mi diestra?
VIRGINIO Santa es la paz que en el amor se funda
¡no la que el crimen y el terror engendran!
ICILIO ¡Vuestra hacéis la maldad si Claudio vence!
Al pueblo.
PUEBLO ¡No! ¡No!
CLAUDIO La plebe dispersad y mueran.
Los lictores acometen a la multitud, que retrocede.
VIRGINIA ¡Cielo!
ICILIO ¿Y así me abandonáis?
Al pueblo.
CLAUDIO
¡Lictores!
Los lictores rodean a Icilio, Virginio y Aulo.
VIRGINIO ¿No hay ya padres en Roma?
ICILIO Sólo quedan
siervos en Roma.
CLAUDIO Aprisionadlos. Pronto
Los lictores separan de la multitud a los tres, llevándolos a la
derecha del teatro.
sufrirán el castigo.
Abatimiento general. -Pausa.
VIRGINIA ¿Es ésta, es ésta
Con enérgica desesperación.
vuestra justicia, oh dioses? Triunfa el malo,
sucumbe el bueno; ¡y dejaréis que pierda
familia, honor, la libertad que adoro

y hierve altiva dentro de mis venas!
¡Icilio!... ¡Padre!... ¡Roma! La justicia
huyó a la vez del cielo y de la tierra.
CLAUDIO Llévala.

Los lictores dan un paso hacia Virginia, y se detienen cuando
empieza a hablar Virginio.

VIRGINIA ¡Y nadie me defiende! ¡Nadie!
Mirando en torno suyo.

VIRGINIO ¡Hija del corazón!

Clavando los ojos en Virginia. Después hace un gran esfuerzo sobre
sí mismo y se dirige a Claudio.

¿Acaso anhelas
verme a tus pies rendido? ¡Claudio, el hombre
sucumbe al padre... y gime... y se prosterna!
Cayendo de rodillas.

Mas tú, corona que debí a la patria,
Quitándosela.

huye de mí con toda tu pureza.

¡No cual las canas que ensalzaste un día,
a los pies de un tirano te envilezcas!

Arrojándola al suelo.

¿Qué digo?... ¡Ay triste!... ¡Compasión; y al punto
confesará mi voz, si tú lo ordenas,
que has sentenciado justo, que Virginia
a Marco pertenece; pero piensa
que por hija la tuve, que la adoro,
que es hija mía, ¡aun cuando no lo sea!

VIRGINIA Virginio el rayo de las arduas lides,
Dirigiéndose a Claudio.

sangre del alma llora en ancha vena,
¿Y tu rencor no cede? -¡Claudio! Mira
cómo la madre recelosa estrecha
al tierno hijuelo que su cuello oprime,
y por instinto con horror te observa.

¡Cómo triunfó la indignación del miedo!

¡Todo suspira... o amenaza..., o tiembla!

¿Y tú insensible permaneces?

CLAUDIO Marco
ponga fin si le place a tu querella.

MARCIO Pues bien, si Marco de Virginia es dueño,
véndasela a Virginio.

PUEBLO ¡Que la venda!

DECIO ¡Yo mis bienes le ofrezco!

SILVIA ¡Yo los míos!

SERVILIO ¡Yo todos mis rebaños!

MARCIO ¡Yo mis tierras!

CLAUDIO Decide.

A Marco.

MARCO No la vendo.

CAMILA ¡Infausto día!

SILVIA Padre no tengo. Acéptame por ella.
VIRGINIO ¡Yo el esclavo seré! Mi nombre infama
con vil castigo, con horrible afrenta,
¡y sálvese Virginia!...

MARCO El decenviro
ya sentenció; su dueño la conserva.
CLAUDIO Del foro, pues, arráncala. Obedece
al que es ya tu señor, rebelde sierva.
VIRGINIO ¿Persistes en robármela? Responde:
Como tomando una resolución.
te lo pregunto por la vez postrera.
CLAUDIO Llévala.
VIRGINIO Cedo... y tu justicia acato.
Pero Virginio humilde te lo ruega...
Permite al menos que la abrace.

CLAUDIO Al punto
dejad, lictores, que abrazarla pueda.
Los lictores se separan de Virginio. Éste se dirige hacia Virginia,
que le sale al encuentro, y expresa con la voz y la actitud que ha
comprendido el pensamiento de su padre.
VIRGINIA ¡Padre!
VIRGINIO ¡Virginia!
VIRGINIA Te comprendo.
VIRGINIO
Falta
hierro a mi mano.
VIRGINIA Ten. Mi frente besa
Dándole el puñal que conserva en su poder desde el acto 3.º
y acaba.
VIRGINIO ¡Horrible acero!
VIRGINIA ¿Eres mi padre?
VIRGINIO ¿Lo dudas tú?
VIRGINIA Lo dudaré si tiemblas.
VIRGINIO ¡Valor!
VIRGINIA ¡Mi madre a recibirme en triunfo
se prepara!...
VIRGINIO ¡Hija mía!
Besándola en la frente.
VIRGINIA ¡Es fuerza!
Cubriéndose el rostro con el manto.
VIRGINIO
¡Es fuerza!
Clavando el puñal en el pecho de su hija.
VIRGINIA ¡Tirano, ya soy libre!...
Descubriéndose el rostro, y avanzando algunos pasos hacia Claudio.
Después cae en brazos de su nodriza y de otras mujeres que corren a
sostenerla. -Grito general.
CLAUDIO ¡Horror mil veces!
Levantándose despavorido, y dando un grito espantoso.
ICILIO ¡Virginia!

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

